



HQN™

CLAUDIA  
VELASCO

Tú me enseñaste  
a Amar

# **TÚ ME ENSEÑASTE A AMAR**

**CLAUDIA VELASCO**

Herederero directo del Alto Rey de Irlanda Brian Boru, Brian Dunboyne, llevaba en la sangre la guerra y un espíritu de rebeldía inflexible que lo había convertido desde niño en un luchador excepcional. Hijo de un lord rico y poderoso, Brian nació el año 1532 en medio de una familia de señores, guerreros y comerciantes que vieron en su nacimiento una esperanza en el futuro. Fue el primer varón tras cuatro hembras y su padre lloró de felicidad al comprobar su sexo. Una condición que le otorgó muchísimos privilegios desde su más tierna infancia.

Brian Dunboyne creció feliz y libremente, oyendo historias sobre los antiguos señores de Irlanda, fuertes, aguerridos y valientes caballeros que habían convertido la isla Esmeralda en el

mejor lugar del mundo para vivir. Una certeza de la que él jamás dudó, más aún, después de visitar Francia, los Países Bajos, España o Inglaterra de la mano de su padre, que se había convertido en un comerciante respetado de sedas, hilos y paño irlandés, reclamado por las damas y las cortes de media Europa.

Se educó como un erudito. A los catorce años conocía más tierras que la mayoría de sus iguales, y era despierto, ágil de mente, un negociante de primera y un chiquillo trabajador y responsable, al que su padre confiaba las decisiones de su negocio y del cual escuchaba sus ideas y proyectos. Él era feliz trabajando, le gustaba el dinero más que la espada, aunque sabía usar cualquier arma con destreza y su envergadura física le facilitaba imponerse ante cualquier adversario sin mayor esfuerzo, además era simpático, abierto, listo como el demonio, decía su madre, y el más seductor de los caballeros. A los 16 años Brian había roto corazones y virtudes sin demasiado esfuerzo y a los 18 se casó, como mandaba la tradición de su familia, con una de sus primas, la jovencísima Keira de apenas dieciséis años, con la que pretendía tener una vida larga, apacible y llena de hijos. Una intención muy loable que sin embargo se vio rota con la muerte de la joven al dar a luz a su primogénito, el pequeño Kevin, hecho que sumiría al joven Brian Dunboyne en un ostracismo del que tardaría años en salir.

De este modo, diez años después de la muerte de su esposa, Brian seguía volcando su energía en su hijo, sus negocios y su gente, dejando de lado la idea de casarse nuevamente o de formar esa gran familia de la que todo el mundo le hablaba, dolido como estaba aún por la injusta pérdida de Keira, a la que no había llegado a amar como correspondía a un buen esposo, pero a la que había respetado y cuidado con todo su corazón.

—Padre, la abuela dice que esta vez me traerás una madre.

—¿Cómo?

—Una madre, la abuela dice que ya es hora de que traigas una madre para mí.

—¡Santa madre de Dios! —exclamó Brian sin mirar a su hijo de diez años, suspiró y siguió cargando los fardos de paño sin hablar.

—¿Es verdad o no?

—No Kevin, no es verdad ¿para qué quieres una madre?, tu madre está en el cielo y eso es más que suficiente.

—Bien.

—Bien —repitió y se giró para clavarle los ojos claros— ¿por qué no ayudas a tu tío Seamus a subir aquellas cajas al barco?

—Sí, padre.

Kevin saltó al pantalán y buscó a su tío favorito que en ese momento organizaba el cargamento de sedas y encajes, y se entretuvo en ayudarlo. Brian lo miró durante un rato y se concentró en su trabajo, el chiquillo se estaba haciendo un hombre, era fuerte, listo y ya no necesitaba de una madre, decidió mentalmente, aunque quizás él ya necesitara de una mujer.

\* \* \*

Una semana después entraba en la ciudad de Londres decidido a cobrar una deuda pendiente con Harold Boyle, el comerciante de la avenida Strand que hacía meses se escabullía con los pagos, cuando una mano fuerte y amistosa lo detuvo en su carrera por las calles atestadas de gente. Brian sujetó aquel brazo con fuerza antes de comprobar que se trataba de su amigo Albert Fitzgerald.

—Albert, maldito seas, ¿quieres que te maten?

—Lo siento, Dumboyne, ¿qué haces por aquí?

—Trabajo ¿y tú?

—Algo así, te invito a una cerveza, tu trabajo seguro que puede esperar y tu milagrosa aparición me viene como anillo al dedo, ¡venga!, concédeme diez minutos.

—¿En qué andas metido? —Brian se desplomó en la banqueta de madera de la taberna y estiró sus largas piernas, miró a Albert y comprobó el semblante serio en la cara de su siempre apacible amigo— ¿qué ocurre?, ¿va todo bien?

—Es por un asunto familiar, en realidad un asunto que atañe más a mi mujer que a mí, Brian, pero estoy metido hasta el cuello.

—¿Necesitas dinero?

—No, ¿Cuándo dejas Londres?

—Mañana.

—¿Y dónde vas?

—Amberes.

—¿España?

—Dentro de unas semanas ¿por qué?, dime de una maldita vez que ocurre.

—Una prima española de mi mujer está encerrada aquí en Londres, su tutor la ha traído para comprometerla con el mejor postor, ya sabes, la chica tiene diecisiete años y varios títulos a su espalda, tierras, dinero... en fin, el tutor no puede desposarla porque es un religioso, pero pretende negociar con su virtud y sus

posesiones... —suspiró— la chica me ha pagado una fortuna por liberarla y ayudarla a regresar a España.

—¿Qué dices? —Brian soltó una carcajada grave y sincera— sólo tú eres capaz de meterte en algo así, Albert.

—El tipo ese se hizo con su tutela de forma ilegal, Isabel solo quiere regresar a Madrid y poner una denuncia ante el rey, desenmascarar al individuo y recuperar su autonomía, es lo justo.

—Y paga bien, claro.

—Eso no tiene nada que ver, es una muchacha increíble, Brian, no podemos dejarla sola, mi esposa me ha presionado hasta lo indecible y creo que podré sacarla esta noche de la legación española, solo me faltaba el transporte para mandarla a España y milagrosamente apareces tú, bribón, me has caído del cielo.

—¿Legación española?, ¿está en la embajada?

—Sí.

—Te meterás en un lío.

—No, ¿puedes llevarla contigo, Brian?, por favor, por los viejos tiempos.

—Albert... —Brian Dumboyne miró largamente a su amigo inglés, lo conocía desde hacía más de una década, el padre de Albert había nacido en Irlanda y había hecho un estupendo matrimonio con una dama inglesa que lo había llevado a vivir en Inglaterra como un señorito, Albert había estudiado con Brian en Oxford un curso entero de leyes y se habían hecho muy amigos, se veían poco, pero Brian lo apreciaba— ¿quieres que suba a una fugitiva en mis barcos?

—No es una fugitiva, ese hombre la raptó prácticamente, ha intentado abusar de ella, la quiere casar con quién mejor pague... es

un secuestrador y un delincuente, amigo, solo estamos intentando hacer justicia.

—¿Cómo dices que se llama? —Brian empezó a sopesar la cuestión con calma.

—Isabel, Isabel Hermoso de Mendoza, actual duquesa de Estella entre otros innumerables títulos, grande de España y una muchacha dulce e inocente, Brian. Por Dios, te lo pido.

—No sé, no sé.

—El tutor era el confesor de su madre, Teresa de Aguirre, una santa, la mujer murió hace seis meses víctima de un mal femenino, las malas lenguas dicen que el tipo la forzaba... ya sabes... a tener contacto carnal. La condesa, viuda y madre de una sola hija, era un títere en manos del sacerdote, Isabel estaba encerrada en un claustro, en Madrid, cuando su madre murió y el tipo acudió raudo con los documentos que lo acreditaban como su tutor. La sacó del convento y antes de traerla a Inglaterra, también intentó yacer con ella aunque afortunadamente sus damas de compañía pudieron protegerla. Después de aquello la acosa y la maltrata, la tiene encerrada y se la trajo aquí para huir de la familia Hermoso de Mendoza que no entiende lo que ha pasado con su sobrina. Ella solo necesita pisar España y tendrá ayuda y socorro, Brian, solo necesitamos ponerla en un barco de vuelta a su casa.

—¿En serio? —la sangre empezó a hervirle en las venas, aquel degenerado... eso era difícil de ignorar— vale pues, parto a las cinco de la mañana desde Greenwich, ¿podréis llegar a tiempo?

—Lo intentaré —Albert se atusó el pelo, lo cierto es que él no era precisamente un héroe y actuaba solo en todo ese asunto, así que esperaba que sus contactos en la embajada y sus bien pagados sobornos funcionaran, miró a su apuesto amigo a la cara e intentó forzar una sonrisa.

—¿Tienes un plan, Albert?

—He pagado a varios funcionarios que la dejarán salir en cuanto yo dé aviso.

—¿Y qué más?

—Nada más.

—¡Mierda! —Brian se puso de pie y se estiró cual alto era, bufó enfadado porque acababa de meterse en una trama que nada tenía que ver con él, miró a su amigo hacia abajo y le hizo un gesto para que lo siguiera— voy a cobrar a un cliente y luego buscaremos a mis hombres, te ayudaremos a sacar a esa muchacha de la embajada y que Dios nos asista Albert o te mataré por esto.

\* \* \*

La embajada española estaba custodiada por pocos soldados, teniendo en cuenta de que era uno de los lugares más peligrosos del reino. Según las malas lenguas todos y cada uno de los intentos para asesinar a la reina Isabel I venían de España, y aunque Isabel Tudor los odiaba por católicos y traidores, los españoles seguían presentes en Londres orquestando conspiraciones e intentando, incluso, casar a la joven reina con su ex cuñado, el beato e intransigente Felipe II. Brian Dumboyne llegó hasta aquel pequeño palacio cercano a Westminster acompañado por tres hombres de su confianza y le hizo un gesto a Fitzgerald para que iniciara de una vez la insólita operación de rescate. Albert, obediente, se acercó a una puerta trasera y tocó con los nudillos cuatro golpes secos, lo que hizo sonreír al irlandés a quién todo aquel asunto le estaba empezando a resultar infantil. Dos minutos después una anciana,



tapada hasta las orejas, se asomó y cuchicheó algo con su amigo que entró sigiloso en la casa.

—¿Esto es muy ilegal, milord? —preguntó en gaélico Patrick, uno de sus estibadores, y Brian le hizo un gesto negativo con la cabeza— porque no me gustaría acabar mis días en una maldita cárcel inglesa...

—Schhh —interrumpió Brian echando mano a la espada en cuanto vio salir a Albert acompañado por dos figuras, una bastante alta, y la otra menuda y ágil, que venían tapadas con unos velos negros que les llegaban hasta las rodillas.

—¡Vamos! —susurró Albert Fitzgerald emocionado— Isabel este es mi amigo, el bendito Brian Dumboyne, síguelo dónde él te lleve y serás libre, adiós.

—¿Cómo que adiós? —dijo Brian cruzándose en su camino— ¿dónde demonios vas tú, Albert?

—¿Yo?, pues a casa, tú llévatelas al puerto y zarpa sin dilación, amigo.

De ese modo Brian se quedó quieto en medio de la calle, solo con esas mujeres y convertido, de repente, en secuestrador de una doncella extranjera y a la que ni siquiera conocía.

—¡Vamos milord, por Dios! —dijo la mujer más grande agarrándolo por el codo— hay que salir de aquí, por favor.

Las subieron a un carretón lleno de mercancía y partieron a toda velocidad al muelle de Westminster donde cogieron una barcaza rumbo a su navío. Ellas obedecían sin rechistar y Brian no se atrevía ni a mirarlas a la cara, aunque en realidad no había nada que ver porque Isabel Hermoso de Mendoza se ocultaba debajo de ese velo tupido que no traslucía ninguno de sus rasgos. Cuarenta minutos después, estaban poniendo pie en Greenwich, la hermosa

villa enclavada en la orilla sur del Támesis y sede el palacio de Placentia, el favorito de la reina Isabel I de Inglaterra.

—Dios le premiará por esto, milord —susurró la dama alta con un acento pésimo acercándose a él, Brian la miró hacia abajo sin decir nada— hemos sido víctimas de una gran injusticia que usted está ayudando a subsanar, el señor Fitzgerald nos explicó quién era usted, y le aseguro que pagaremos generosamente su ayuda, milord.

—Mmm —fue su lacónica respuesta.

—Mi señora y yo le queríamos presentar nuestros respetos.

—No hace falta.

—Me llamo Inés Fernández, soy la dueña, la dama de compañía de la señora Hermoso de Mendoza, y me pongo a su entera disposición, lord Dumboyne.

—Bien, ahora métase ahí con su señora y no estorbe, por favor —Brian le indicó un rincón de popa con la cabeza y se volvió para seguir con su tarea. Inés Fernández retrocedió y agarró a Isabel por el brazo.

—Es un poco tosco y no debemos importunarlo —le dijo pegada a su oído.

—Bendito sea —susurró Isabel siguiendo con los ojos la imponente figura de aquel desconocido que había aceptado ayudarlas. En dos meses que llevaba en Londres, era la primera vez que alguien hacía algo por ella y se sintió emocionada. Subió la vista y vio como aquel altísimo individuo se sacaba la camisa y se ponía a trabajar hombro con hombro con sus marineros. Tragó saliva y apretó su rosario, Brian Dumboyne, su salvador, era el hombre más hermoso que ella había visto en su vida, con un torso rotundo y perfecto, los brazos fuertes, el pelo color miel y unos enormes ojos azul claro que miraban casi todo el tiempo ceñudos,

pero que transmitían una seguridad y una dulzura difícilmente calificables, carraspeó inquieta y bajó la vista para concentrarse en las cuentas del rosario.

—¿Será católico? —interrogó Inés siguiendo con los ojos a tan apuesto y gallardo caballero.

—Seguramente, la mayoría de los irlandeses lo son y Albert dijo que él era irlandés —sentenció Isabel agarrándola de la mano— vamos querida, no debemos molestar.

Unas horas después levaban anclas, partiendo en medio del griterío general. Los hombres corrían cargando bultos, moviendo gruesas cuerdas, deslizándose por la cubierta, a la par que el patrón, lord Dumboyne, se concentraba en el trabajo ignorándolas descaradamente. Isabel Hermoso de Mendoza dio gracias al cielo cuando aquel navío gigantesco empezó a deslizarse camino de mar abierto, y cerró los ojos pensando en su pobre madre, presa durante años bajo el yugo de Ovidio Rivera, el confesor que había tenido la mala idea de poner sus ojos sobre ellas, el mismo día de la muerte de su padre, hacía ya cinco años. Como parte de la corte española la familia vivía en Madrid. Su madre, la bellísima y melancólica Teresa de Aguirre tenía apenas 34 años cuando su marido, Gonzalo Hermoso de Mendoza, de 56, moría de fiebres repentinamente y la dejaba huérfana a cargo de su única hija viva, Isabel, de doce años. La joven Teresa había tenido varios embarazos y partos desgraciados, por lo tanto el duque adoraba a su pequeña Isabel, a la que había educado casi como a un varón, como a su heredera, la niña de sus ojos. Isabel había crecido entre libros, maestros de esgrima, de arco, y profesores de latín y ciencias. Vivaracha, alegre y despierta, Isabel había heredado la legendaria belleza de su madre y la claridad de ideas de su padre, una mezcla encantadora, que la había convertido en el centro de atención de su familia.

A la muerte del marido, Teresa, frágil de carácter y completamente desorientada, deja la casa a la deriva y mientras sus cuñados hacen lo que pueden por asesorarla, ella confía sus decisiones a su nuevo y severo confesor, el padre Ovidio Rivera,

hombre de confianza de Felipe II, recientemente coronado como rey de España, Sicilia y Cerdeña. Las circunstancias se conjugaron para que el clérigo, de unos cincuenta años, se hiciera con el gobierno de uno de los ducados más importantes del reino y asumiera, de paso, el control de la joven y débil viuda a la que no tardó en someter a sus caprichos.

Una semana después de la muerte de su padre Isabel era ingresada en un convento de clausura a la espera de encontrar marido. Rivera la quería lejos porque la chiquilla se le había enfrentado en un par de ocasiones, así que la había arrancado de su hogar, sin despedirse de su madre, y la había confinado en el convento de las Descalzas Reales, recientemente fundado por Juana de Austria, hermana del rey Felipe e íntima amiga de Rivera. La niña, acompañada por su fiel Inés, había llorado amargamente y con desesperación su injusto encierro, aunque su madre no hizo caso y se limitó desde entonces a visitarla dos veces al año, cada vez con peor aspecto. En la primera visita la niña ya notó el estado de ausencia de la duquesa, pero no se atrevió a decir nada y así fue empeorando, sin que nadie le diera explicaciones. Teresa seguía viuda, no había vuelto a casarse, a pesar de las abundantes proposiciones matrimoniales, y de repente apareció encinta siendo la comidilla de la corte. Cuando murió, seis meses antes de su llegada a Londres, Isabel supo que a pesar de su frágil estado de salud, y de las recomendaciones médicas, la duquesa había osado embarazarse y este último hijo había acabado con su vida. Noticia que Isabel Hermoso de Mendoza, de 17 años, encajó con una rabia tal que se juró, delante de la virgen, que acabaría con el culpable de semejante barbaridad, el confesor de su madre y su mayor enemigo, el padre Rivera. Todo el mundo en Madrid conocía las relaciones pecaminosas del religioso con Teresa de Aguirre e Isabel, como su única hija, no podía ignorar semejante afrenta.

—Acabaré con vos, señor —le dijo cuando el clérigo acudió al monasterio para sacarla y llevarla a casa.

—¿Cómo dices mocosa? —Rivera se giró en el carruaje para mirarla. Era un tipo repulsivo, con varios kilos de más por culpa de su palaciega y ociosa vida, y una mirada de rata que a Isabel daba nauseas.

—Ya me ha oído, cuando lleguemos a mi casa, quiero que la abandone inmediatamente.

—Soy tu tutor legal, duquesita, así pues, estás bajo mi responsabilidad, del mismo modo que lo estuvo la ramera de tu madre.

—¡¿Qué?! —Isabel se giró y le plantó una tremenda bofetada que hizo reír a Rivera, le agarró la mano y la aplastó contra la butaca del carruaje.

—Me gusta esa viveza, Isabel, tú madre era como una muerta en vida los últimos meses, creo que me divertiré contigo, sí señor.

A partir de esa noche Isabel dormía con una daga debajo de la almohada y con dos doncellas como compañía, no se quedaba jamás sola mientras el tipo la observaba y perseguía, la espiaba a todas horas y cuando se enteró de que había pedido audiencia privada con el rey, la agarró por el pelo y la arrastró hasta su dormitorio mientras ella pataleaba y se defendía como podía.

Inés y sus doncellas no pudieron hacer nada mientras la arrastraba por los pasillos porque la gente de Rivera se lo impidió con las espadas desenvainadas, la metió en el cuarto y se lanzó sobre ella como un loco. Solo la destreza y la fortaleza física de Isabel, dificultó que la violara en el suelo del antiguo dormitorio de su madre. Se revolvió mordiendo y pateando, y cuando lo dejó tirado en el suelo de mármol sujetándose los genitales, ella aprovechó de levantarse de un salto y estamparle un florero en la cabeza.

—La próxima vez que ose tocarme, Rivera, lo mataré, se lo juro por Dios.

Dos días después del incidente la habían obligado a abandonar la casa camino de Cádiz y de ahí, un barco los había llevado hasta Inglaterra, donde su flamante tutor pretendía domarla y someterla. Lejos de España, la tenía completamente indefensa, aunque con lo que no contaba Rivera, era con Soledad Fitzgerald, su prima hermana que vivía en Londres con su marido inglés.

Soledad la había visitado en secreto y junto a su esposo habían planeado su rescate, solo necesitaba salir de Inglaterra y llegar a España, una vez en su país iría directo al rey y recuperaría su autonomía, estaba segura de ello. Si en cuatro meses había podido sobrevivir intacta a su carcelero, podía hacer cualquier cosa.

—En tierra alojarán en una posada de españoles que conozco —Brian Dumboyne interrumpió sus rezos sin ninguna delicadeza. Llevaban dos días navegando y el buen tiempo propiciaba la llegada con anticipación a su destino. En toda la travesía no se había dirigido a ellas, así que tanto Isabel como Inés lo miraron con sorpresa, aunque él no se dio cuenta porque ambas seguían ocultas debajo de los velos negros.

—Muchas gracias, milord —contestó Isabel en su inglés elemental.

—Milord —Inés se puso de pie y se sacó el velo para mirar a ese hermoso hombre a los ojos— mi ama y yo queríamos agradecer su hospitalidad y ayuda, desde que salimos de Londres, no hemos tenido oportunidad de hablar con usted.

—No hay de qué —gruñó Brian a quién lo le gustaba llevar mujeres a bordo, sus hombres las miraban de lejos y hacían bromas obscenas sobre ellas, y eso, no le agradaba lo más mínimo, además ellas permanecían tapadas y silenciosas en un rincón, asunto algo inquietante, así que les dio la espalda rápido, solo esperaba meterlas en un barco de pasajeros en Amberes y olvidarse de ellas para siempre, ya bastante había hecho sacándolas de Londres.

\* \* \*

El tercer día de viaje vieron el enorme y bullicioso puerto de Amberes, el segundo más grande de Europa, delante de sus ojos e Isabel Hermoso de Mendoza agarró la mano de su dueña sonriendo, la parte más importante de la huída estaba hecha, pensó, y se animó con la idea de llegar cuanto antes a casa. Quería recuperar sus derechos, reorganizar sus dominios y asentarse en Madrid, en su hogar, para siempre y en paz.

—No bajarán hasta que hayamos descargado nuestra mercancía, ¿Qué claro? —dijo Patrick, uno de sus salvadores, desde la escalera— mi amo no quiere que nadie os vea.

Asintieron y se prepararon para pisar tierra firme, era una mañana fría pero soleada en los Países Bajos e Isabel se entretuvo en seguir con los ojos a los hombres trabajando y a lord Dumboyne hablando con comerciantes que subían a cubierta o dando órdenes a voz en cuello en medio de la algarabía general, era muy divertido seguir sus actividades, siempre atento a coger un enorme fardo o en ayudar a sus marineros, con el semblante serio, la barba de varios días y el pelo dorado meciéndose al viento sin ningún control, algo que fascinaba a la joven que jamás había visto a sus conocidos españoles llevar el pelo suelto. Dumboyne era tan atractivo que no podía apartar los ojos de él e Inés comenzó a reírse de ella, al comprobar la excesiva atención que ponía sobre el irlandés.

—Un salvaje, mi niña, ese hombre no encajaría jamás en Madrid.

—¿Qué dices, Inés?, por Dios bendito, que imprudente eres a veces.

—¿No te gustaría ser la madre de sus hijos?, madre del amor hermoso, hasta yo me ofrecería gustosa...

—¡Inés! —se volvió hacia la dueña a tiempo de ver por el rabillo del ojo a unos hombres vestidos de negro y con aspecto amenazador, empujó a Inés a un lado y buscó a alguien a quien alertar, pero no había nadie, no lo dudó ni un segundo, se sacó la daga de la bota y caminó con paso firme hacia aquellos individuos que se habían colado en el barco por la popa, eran dos e iban armados hasta los dientes, derechos hacia Brian Dumboyne, que revisaba absorto unos papeles— ¡Alto!

—¿Qué demonios...? —alcanzó a mascullar Dumboyne levantando los ojos celestes hacia aquel individuo que se lanzaba sobre él con la espada desenvainada, retrocedió y una daga pasó delante de sus ojos atravesando la garganta de su atacante, miró a la derecha y el segundo esbirro se le apareció a menos de dos pasos, agarró la espada, pero no hizo falta, porque una figura menuda y oscura llegó por detrás empujando al tipo contra el suelo, Brian la miró a tiempo de verla arrancarse el velo de la cara con el brazo y ya no pudo reaccionar: el rostro más hermoso y sereno que había visto en toda su vida se le apareció delante dejándolo perplejo y sin palabras.

—Milord, debería apresararlo.

—Sí.

—¡Milord! —insistió Isabel atravesándolo con sus ojos negros. Detrás de ella Patrick apareció a la carrera seguido por otros estibadores, levantaron al atacante del suelo y lo pusieron delante de su amo.

—Vaya, milady, le ha salvado la vida, ¡Milord!

—Sí, está bien, gracias señorita —contestó turbado como un adolescente, tiró los papeles a un lado y agarró al individuo de la pechera— ¡¿quién demonios eres tu bellaco?!, ¿qué haces en mi



barco? Acto seguido, alguien agarró a Isabel por el brazo y la sacó de ahí seguida por Inés, que rezaba en silencio por la actuación nada decorosa de su ama. Una hora después esperaba ansiosa y emocionada, en el cuarto que les habían conseguido en una posada, a que el irlandés fuera a visitarla, no podía ser que Dumboyne no acudiera a ellas para hablar y explicarle lo sucedido, tal vez para agradecer su oportuna intervención, sin embargo no apareció, ni ese día ni el siguiente, y tres días después cuando mandó a Inés a averiguar qué ocurría, supo que su salvador en Londres, había dado órdenes para que embarcaran en el primer barco de pasajeros que viajara al reino de España, una decisión que dejó a Isabel triste y desorientada, bastante ofendida y con la certeza de que seguramente no lo volvería a ver en toda su vida.

—Está trabajando, haciendo negocios me dijeron sus hombres, aunque en realidad les entiendo bien poco, hablan esa lengua enloquecida que solo comprenden ellos.

—Gracias Inés, lo que me preocupa ahora es viajar solas hasta Cádiz, no sé si es tan buena idea, pero ya se ha arriesgado bastante con sacarnos de Inglaterra, no tenemos ningún derecho a pedirle nada.

El billete con destino a España se lo hicieron llegar esa misma tarde e Isabel se sentó cerca del ventanuco de su habitación para mirar la actividad de la calle. Llevaba algo de dinero oculto bajo la falda y tanto ella como su dueña, ocultaban joyas diversas entre su ropa y calzado. Su aspecto era humilde y nadie podía sospechar la fortuna que cargaban entre ambas, así que suspiró tranquila, sabiendo que podía comprar su ida a Madrid sin ningún problema desde Cádiz, nada iba interponerse en su camino y aunque viajar sin escolta podía ser peligroso, contrataría a unos soldados en cuanto pisara su tierra y pudiera comunicarse con mayor facilidad con la gente.

Inés confiaba ciegamente en ella e Isabel, sin otra alternativa, confiaba también en su cabeza y serenidad para conseguir su empresa. Debía llegar primero a su tío Fernando en Sevilla, contarle

lo ocurrido con Rivera y luego, juntos, acudir directamente al rey para pedir su ayuda. No era muy complicado, no lo era, aunque solo fuera una mujer de diecisiete años sin marido, ni hermano, ni hombre alguno que respondiera por ella.

Aquella noche apenas durmió repasando los pasos a seguir, a las cinco de la mañana estaba vestida y lista para partir y a las seis, cuando Peter, uno de los hombres de lord Dumboyne acudió a buscarlas para llevarlas al puerto, ella bajó los peldaños de la escalera a la carrera con energías renovadas porque era la dueña de su destino, un privilegio con el que siempre había soñado, y no permitiría que nada ni nadie la asustara.

—Ni un paso más o rajo a tu dueña —Isabel se giró al oír la voz clara de un hombre que se dirigía a ella en español— vuelve sobre tus pasos, nos esperan en un lugar más seguro.

—Déjala —suplicó viendo el cuchillo del hombre pegado al cuello indefenso de Inés— iré donde me digas.

—¡No! —Peter Moore se interpuso entre ese delincuente y la dama— suéltala maldito cobarde...

—No te metas donde no te llaman —el tipo hizo un gesto imperceptible y varios soldados bien armados los rodearon en medio de la calle— vuelve a tu barco, marinero, esto no te incumbe.

—¡No! —Moore sacó la espada y puso a Isabel a su espalda, cosa que acabó por enfurecer al atacante que ordenó lo mataran inmediatamente.

—Está bien —ella se adelantó y agarró a Moore del brazo— no pasa nada, iré con ustedes, pero no le haga daño.

—¡Vamos, pues! —el asaltante empujó a Inés, que cayó de rodillas al suelo de piedra y le hizo un gesto para que lo siguiera, Isabel se agarró la falda y subió los ojos para iniciar la marcha,

momento en que la rotunda figura de Brian Dumboyne se le hizo visible a pocos metros.

El irlandés no se movía, estaba simplemente ahí, de pie con los brazos en jarras, observándolos, ella no habló y encajó el empujón propinado por el mercenario sin rechistar, el corazón se le iba a salir del pecho, pero su instinto le aconsejó que era mejor guardar silencio.

Bajó la cabeza y avanzó ideando toda clase de estrategias para huir, podía sobornar a los delincuentes o ponerse a chillar como una loca, cualquier cosa antes de caer en manos de Rivera. Pasó rozando a Dumboyne y éste siguió sin moverse, lo que acabó por desconcertarla aún más, avanzó varios pasos y entonces, en un callejón menos concurrido, la voz rotunda de su salvador se oyó alta y clara.

—¿Te pagan por secuestrar doncellas indefensas?, qué vergüenza.

—¿Y a ti por meterte donde no te llaman? —Qué gracioso — Brian, bastante enfadado por lo que tenía delante, desenvainó su enorme espada y la miró casi con dulzura antes de levantarla en dirección de ese hombre— si hace una semana alguien me dice que un día estaría aquí, en Amberes, a punto de matar a una pandilla de indeseables, me hubiese reído en su cara, pero ya ves, los caminos de Dios son inescrutables... —suspiró— yo a ti te conozco...

—Lord Dumboyne, me halaga —el hombre agarró a Isabel por el codo y la empujó con rabia contra la pared, ella trastabilló pero se mantuvo erguida y mirándolos con los ojos abiertos como platos.

—Ya sé —se mofó tocándose la barba— en Placentia, eres unos de los esbirros de la legación española, de esos que olisquean cerca de la reina, un criado al servicio de su señor.

—No se meta en esto, milord, no le conviene ni le compete, esta muchacha ha huido de su tutor y debe regresar a su casa.

—Yo creo que no —se acercó a Isabel y la animó a salir de la refriega, el tipo quiso detenerla y entonces Brian, ya harto, le puso la espada en el cuello— esta dama es de mi incumbencia, así que al que no le conviene meterse es a ti, ¡fuera de aquí!

—No, milord, yo...— Brian avanzó un paso y le atravesó el costado con la hoja bien afilada de su espada toledana, el soldado cayó de rodillas al suelo con la boca abierta.

—¡Salid de aquí, todos!, ¡ahora! —gritó enfrentando a los demás.

Se hizo un silencio helado durante unos segundos e Isabel se puso a la espalda de Dumboyne, agarrando con disimulo la daga de su bota, estaba dispuesta a morir matando, así que plantó los pies con firmeza en el empedrado y esperó respirando con dificultad. Cuando aquellos mercenarios, seis contó a boleo, se lanzaron sobre ellos, dos hombres del irlandés aparecieron corriendo para socorrerlos, en medio minuto se desató tremenda trifulca en la que a ella apenas la dejaban intervenir, en dos ocasiones Brian Dumboyne la empujó dejándola detrás de él, oculta por su enorme estatura, hasta que tuvo a los delincuentes cuerpo en tierra y a ella fuera de peligro.

—¿Qué demonios hace? —le agarró la daga y se la quitó de un tirón— ¿no tiene cabeza?

—Démela, era de mi padre.

—Me da igual, una muchacha no debe ir armada —empujó con la punta de la bota los cuerpos de sus adversarios tendidos en el suelo y avanzó con prisas hacia el muelle— ¡vamos!

—¡Señor!, oiga —salió corriendo detrás de Dumboyne y cuando vio a Inés le hizo un gesto para que la siguiera— oiga, ¿qué hace?, pare, por el amor de Dios, ¡milord!

—Nunca, jamás, ¿me oye? —Él se volvió y la enfrentó cuando ya estaban en el pantalán intervenga en una pelea, jamás, no tiene ni idea de a quién se está enfrentando, ¿comprende lo que le digo?

—Sí, déme mi daga, por favor.

—No, queda confiscada.

—No tiene ningún derecho —se mordió la lengua, suspiró y se sacó el velo de la cara para hablarle mirándolo a los ojos, él la observó ceñudo y retrocedió un paso— lo siento, lord Dumboyne, muchas gracias, pero esa daga es un recuerdo familiar y además, me ayuda a sentirme segura —el final de la frase lo acabó en español cosa que acabó por complicar las cosas.

—¿Dónde ha aprendido a hablar tan mal inglés?

—¿Cómo dice? —se sonrojó y Brian le dio la espalda para ocuparse del barco.

—¡Suba de una vez, señorita!, George os lleváis el Gloria del Mar a Calé, yo me voy a Cádiz, así que separad las cargas, ¡maldita sea! —masculló saltando a la cubierta— lo que me faltaba.

—Milord —la vocecita de Isabel le llegó por la espalda y suspiró mirando al cielo.

—¿Qué quiere ahora?

—¿Qué pasa? —cruzó la pasarela con cuidado y se le puso delante— ¿no nos íbamos en un barco de pasajeros?

—Dadas las circunstancias, las llevaremos nosotros.

—Muchísimas gracias, pero no tiene porque hacerlo, milord, ya le hemos molestado bastante.

—Lo sé. Suba y cuando lleguemos a Cádiz, le devolveré su daga, ¿le parece, señorita? —bajó los ojos claros y la miró a la cara,

esa preciosa cara que era capaz de devolver la vida a un muerto, pensó deslizado la mirada por el recatado vestido de la joven, era demasiado hermosa para esconderse detrás de esos trapos negros, pero ese no era asunto suyo, ya bastante estaba haciendo cambiando el itinerario para llevarla a casa, no sabía ni como podía estar haciendo semejante barbaridad, era imprudente e impulsivo, pero él ante todo era un hombre de honor y no dejaría a una doncella sola y en apuros, cuando ya habían mandado gente para darle caza.

Isabel no había tratado con muchos hombres durante su vida, así que no sabía ni como hablar ni como comportarse con un individuo como Brian Dumboyne, señor de sus tierras y sus navíos, al que nadie le tosía, ni le miraba a la cara. Era serio y silencioso, siempre pendiente de todo y con cara de pocos amigos. Ella no había tenido hermanos, ni amigos, ni pretendientes, y desde los doce años solo convivía con mujeres, así que lo observaba todo el tiempo con curiosidad, intentando descifrar su forma de ser y su extraño carácter.

Era hermoso, atractivo en sus movimientos y cuando sonreía, muy escasamente por cierto, iluminaba todo el barco. Los hombres, sobretodo Patrick Doherty, hablaban con ellas en cubierta, cuando abandonaban el camarote del capitán, cedido amablemente para ellas, decididas a tomar un poco de aire limpio, Paddy y los demás les contaban historias, anécdotas y las hacían reír, de este modo supo Isabel que su héroe particular era viudo desde los diecinueve años y padre de un hijo de diez, que llevaba el nombre de Kevin. Un chiquillo alegre y saludable que lo esperaba cerca de Dublín junto a su familia.

—Qué triste, Inés —susurró mirando a Dumboyne desde lejos — tan joven y viudo, es una pena, su mujer tenía mi edad cuando murió.

—Seguro que no le falta alguien que le caliente la cama — respondió Inés, rotunda.

—¿De dónde sacas esas ideas, mujer?

—La vida, mi niña, a ver si te acostumbras.

—¿Pero qué dices?, de repente te has vuelto muy vulgar ¿lo sabes?

—Mira Isabel, tienes diecisiete años y si quieres mantener tu ducado tendrás que casarte y comprender que las mujeres y los hombres...

—¿Conoce gente en Cádiz? —el mismísimo Dumboyne se acercó a ellas interrumpiendo la charla, afortunadamente no comprendía su idioma, pensó con alivio Isabel y se puso de pie para saludarlo.

—No milord, en Sevilla sí, mi tío Fernando Hermoso de Mendoza, hermano de mi padre.

—Sáquese ese velo, aproveche el sol y el buen tiempo.

—¿Cómo? —la joven algo turbada, carraspeó, le entendía poco y mal porque ella no dominaba el inglés y porque además el acento de aquel hombre, como el de los demás del barco, era muy extraño.

—El sol, aire, es primavera, señorita —hizo un gesto hacia el mar azul y sereno y miró a la dama de compañía— ¿usted habla mejor mi idioma, no es así señora?

—Sí, milord —respondió Inés sacándose su velo.

—¿Y eso por qué?

—Nací en Londres, milord, mi madre era una de las meninas de su majestad la reina Catalina de Aragón, llegó con ella a Inglaterra en 1501 y yo nací allí. Cuando la reina murió en 1536, regresamos a Madrid, yo tenía quince años y entré al servicio del padre de mi señora, el duque de Estella, luego cuando nació doña Isabel, me la

confiaron a mi cuidado y hasta hoy, aunque he perdido un poco el idioma, algo recuerdo.

—Pues debería enseñarle a su señora.

—No me hace falta, no pienso regresar a Inglaterra —opinó Isabel sin mirarlo a la cara.

—Muy bien, haga lo que quiera pero “el saber no ocupa lugar”, ¿no se lo han dicho?, señorita —le dio la espalda sin dejarla hablar, dio un grito ordenando soltar una de las velas y se encaminó hacia el castillo de mando con paso firme, Isabel frunció el ceño.

—Ha sido muy gentil con nosotras, pero es mal educado, que Dios me perdone, le debo la vida, pero nos trata como si fuéramos imbéciles.

—Muy propio —respondió Inés.

—Ni siquiera me ha agradecido lo de los tipos en Amberes, le salvé la vida también, menudo arrogante.

—Mmm —susurró la dama de compañía escrutando su precioso rostro oculto por el virginal velo.

—¿Qué mmm Inés?

—Nada, ven aquí y sigue bordando, ya que el amable Joe nos ha conseguido estos paños, deberíamos hacer algo útil, mi niña.

—Un arrogante, qué sabrá él de mí, de mi familia, por el amor de Dios —siguió mascullando con la aguja en la mano— no tiene derecho, soy tan válida como él, le pagaré hasta el último centavo que cueste este viaje, ¿sabes?, no quiero deberle más favores, es insólito, un salvaje...

—Ya basta, Isabel, calla y borda, estás más guapa con la boca cerrada.



Isabel Hermoso de Mendoza y Aguirre se concentró en el bordado, le había prometido unos pañuelos a Joe Farrel para que se los llevara a su mujer, y eso haría el resto de la travesía, aunque por el rabillo del ojo no pudiera evitar observar de vez en cuando a su insólito anfitrión. Él continuó lo que duró del viaje, más de una semana, ignorándolas ostensiblemente, sin sospechar ni por un minuto Isabel, que esa actitud tan beligerante era fruto de la insoportable alteración que provocaba su presencia en el barco, porque Brian Dumboyne ni dormía, ni comía, ni trabajaba igual desde que ella había entrado en su vida.

\* \* \*

Llegaron a Cádiz a principios de mayo, la ciudad florecía, las calles estaban llenas de color, bullicio y alegría e Isabel dio gracias al cielo al oír el cantarín acento de sus paisanos al pisar puerto. Como siempre, fueron Paddy y Peter los que se ocuparon de ellas, las ayudaron a bajar, las acompañaron a una posada decente y las despidieron con grandes muestras de afecto, Inés les dio unos esterlines de plata como recompensa por su ayuda e inmediatamente iniciaron la difícil tarea de buscar transporte y escolta con la que llegar a Sevilla.

—¿Ya está? —preguntó Brian a sus hombres cuando regresaron al barco.

—Sí, milord.

—¿Es un buen sitio?

—Sí, milord.

—¿Estás seguro Paddy Doherty?

—¡Sí! —respondió el otro con los brazos abiertos.

—Muy bien, pues vuelve allí y asegúrate de que encuentra una escolta de fiar que las acompañe ¿me oyes?

—¿Y el trabajo, milord?

—Ese es tu trabajo ahora y me avisas si ocurre cualquier cosa, venga vete con ellas, y sé discreto.

Isabel pidió audiencia con el gobernador civil de la ciudad y dos días después de su llegada ya tenía una invitación para acudir a una reunión social. Inés la ayudó a darse un baño de violetas, le cepilló el larguísimo pelo oscuro, después se lo peinó en un discreto moño y la vistió como correspondía a una joven soltera, doncella, y de luto por la reciente muerte de su madre, antes de partir juntas y del brazo, al palacete propiedad del gobernador. Una vez en la recepción el hombre, Diego de Fernández, se ocupó de presentarla a las damas presentes y la dejó a la deriva con sus múltiples solicitudes en la boca. Era imposible que la oyera en medio de la fiesta, así que la joven se arrinconó en una esquina para esperar un momento más propicio en el que exponer su drama personal a la mayor autoridad local.

—Dios bendito, ahí está, no he visto hombre igual —las mujeres casadas, las ancianas y las viudas la rodeaban a la par que las jóvenes y solteras bailaban con sus pretendientes en medio del gran salón, Isabel, de negro, aunque preciosa con su cara lavada y sus enormes ojos oscuros muy abiertos, giró la cabeza para ver a quién se referían y comprobó en seguida que se trataba lord Dumboyne, vestido muy elegante, saludando aquí y allá con una venia— María de las Mercedes jura por sus hijos que el año pasado se lo llevó a la cama, aunque nadie le cree.

—Es el hombre más hermoso que ha pisado estas tierras y tan misterioso, no habla apenas nuestra lengua pero ¿qué más da? — todas soltaron una carcajada y se concentraron en la alta y formidable figura del irlandés que sonreía muy amablemente a toda la gente.

—El año pasado fue la princesa de Nápoles la que consiguió secuestrarlo varias noches y cuenta unas maravillas difícilmente aceptables.

—Yo te aseguro que es todo verdad, Carmen, créeme, la gente del norte es especial y los irlandeses, que aún son un pueblo medio salvaje, aún más.

—¡Rosario por Dios! —exclamó una de las señoras haciendo tintinear los pendientes, Victoria clavó los ojos en el suelo con una mezcla de rabia y vergüenza subiéndole por el pecho.

—Es un dios griego en carne mortal y daría mi título y mis tierras por saborearlo... dicen que sigue viudo y sin compromiso.

—Pues si busca esposa entre las españolas, habrá más que palabras... —susurró la mujer de su izquierda.

—Duquesa por favor —el secretario del gobernador se acercó a Isabel y le pidió que lo acompañara, ella se puso de pie sin levantar la cabeza y lo siguió camino del despacho del gobernador, a su espalda Inés, que no perdía detalle de todo lo que ocurría a su alrededor, saludó con un gesto a Dumboyne y le sonrió amistosa antes de salir detrás de su señora.

Brian Dumboyne se quedó quieto con las manos a la espalda, viendo como aquella muchacha se perdía dentro del palacio. No movió la cabeza, ni manifestó emoción alguna en su rostro perfecto, pero sus ojos claros se posaron sobre ella hasta que la perdió de vista. Era absurdo preocuparse por la chica, se venía repitiendo desde hacía días, pero no podía evitarlo, porque de cada diez

pensamientos, ocho eran para ella, y de cada sueño que tenía por las noches, todos le pertenecían.

—¡Brian!

—Ronan —se volvió hacia su compatriota con sorpresa. Ronan Higgins era uno de sus socios en España, un lince en los negocios que vivía en Andalucía como un rey, además, era un buen amigo— te estaba buscando.

—Has hecho bien en venir, muchas damas preguntan por ti, y Sofía te está esperando —le entregó una nota bien doblada que Brian ni siquiera miró, ya sabía que su amante napolitana lo esperaba con ansiedad, desde que había puesto pie en tierra no hacía más que acosarlo con mensajes.

—El envío para Venecia se descargó esta mañana, he podido apartar bastante género para ellos, pero no todo el que pedían porque me lo han quitado de las manos, lo de Marsella ya está en tu almacén y los encajes de...

—¿Qué te pasa?, ¿no puedes descansar un poco?, mira que salón —el pelirrojo Ronan se giró hacia la sala de baile— por Dios, Brian, dame un respiro.

—Querido, *mio amore* —la voz pastosa de Sofía le llegó por la espalda, aquella mujer era muy persistente— llevo días esperándote.

—Hola Sofía, he estado muy ocupado —respondió en francés.

—Eres insufrible —hizo un puchero y lo agarró por el brazo.

—Está bien, no llores. Salgamos de aquí por el amor de Dios.

Antes de llegar al jardín la princesa lo detuvo, buscó su intimidad con la mano abierta y comenzó a besarle sin ningún pudor. Brian reaccionó en el acto, la giró con pericia y la inmovilizó contra

la pared, deslizó los dedos por debajo de su falda sin mucha delicadeza, sintiendo una excitación instantánea por todo el cuerpo. La piel de aquella mujer era suave y sus besos apasionados, era una experta matrona de treinta y dos años cuyo marido, Salvatore, era uno de sus mejores clientes.

—Dame tu simiente, *amore*, dámela.

—Sofía, por Dios.

—Quiero un hijo tuyo, Brian.

—No, ya está —se separó de ella, turbado. Sofía llevaba años siendo su amante esporádica y siempre salía con la misma historia de los hijos, aunque él le había explicado mil veces de que su simiente era sagrada, y estaba reservada solo para su esposa— no, apártate, ya te lo advertí.

—¿No me dejarás así? —protestó ella despeinada y roja por la excitación, estaba furiosa— ven aquí Brian Dum-bo-boyne.

—Dumboyne —corrigió él pronunciando correctamente su apellido.

—¡No!, ¡ven aquí, maldito seas!, ¡Brian! —el irlandés le dio la espalda decidido a no verla más, pero ella avanzó un paso y se le pegó a la espalda llorando— *mio amore*, te necesito, te deseo, no me dejes.

—¡No Sofía!, ¡déjame, vuelve con tu marido...! —subió los ojos al oír ruido de espadas, una pequeña guardia escoltaba a dos figuras por el jardín y venían directo hacia ellos— Sofía por Dios.

—Milord —los ojos inocentes y oscuros de Isabel Hermoso de Mendoza lo miraron de frente y él se sonrojó por primera vez en su vida. La muchacha esperó su respuesta viendo aparecer a su espalda a aquella hermosa y elegante mujer— lo siento, buenas noches.

—¿Todo bien? —dijo al fin apartándose como pudo de Sofía.

—Sí gracias, milord —Isabel con un nudo en la garganta se hizo a un lado para seguir su camino, aquella dama tocaba afectuosamente a Dumboyne y comprendió que acababa de interrumpir una escena romántica entre ambos.

—¿El gobernador la ayudará?

—Sí, gracias —siguió caminando muy tiesa, ni siquiera lo miró, de repente se sentía muy desgraciada, estiró la mano, agarró a Inés y salió a la calle para buscar su posada, afortunadamente y gracias a la ayuda divina, el gobernador la ayudaría a viajar a Sevilla y salían la mañana siguiente a primera hora.

—Esa dama está casada, Isabel, él no la quiere.

—¿Qué dices, Inés?, démonos prisa, hay que dormir.

—Es una princesa napolitana, tiene marido y él solo la alegrará de vez en cuando.

—No es asunto mío.

—Me alegro —dijo Inés al llegar a su cuarto— no sabes cuanto me alegro.

\* \* \*

En la preciosa localidad de Sanlúcar de Barrameda, Isabel y su dueña embarcaron rumbo a Sevilla. El pequeño navío las llevaría

por el río Guadalquivir hasta la ciudad donde podría localizar rápidamente al hermano pequeño de su padre. Estaba ilusionada, aunque la imagen de Brian Dumboyne junto a esa mujer en el palacio del gobernador, no la había dejado pegar ojo en toda la noche.

—¿Las mujeres siempre hablan así de los hombres Inés? — preguntó sentada en cubierta, con un calor de justicia pegando sobre sus cabezas— ya sabes, como las damas de anoche, cuando cuchicheaban sobre lord Dumboyne.

—Sí, querida —Inés dejó de mirar el paisaje y buscó sus ojos, ya sabía que Isabel se había prendado del irlandés, que en realidad era el primer hombre joven al que conocía lástima que tus padres hayan muerto, niña, a tu edad ya habrías brillado en todos los salones de Madrid, en palacio, conocerías más de la vida y seguramente ya estarías convertida en esposa y madre de familia.

—Mala suerte.

—Muy mala, a tus años, deberías conocer más de la vida. Las mujeres hablan así de los hombres en los palacios, las plazas y hasta en la iglesia, es una forma de divertirse, no tiene nada de malo.

—No me parece bien.

—Lo que te molestó es que hablaran de tu héroe.

—No, por Dios, ese hombre es un arrogante, me da igual lo que digan de él, además si él las escuchara, seguro que estaría encantado y orgulloso.

—Deberás buscar un marido y rápido.

—Lo sé.

—Tal vez antes de viajar a Madrid puedes casarte en Sevilla, tu tío tiene dos hijos de tu edad, podrían ser buenos maridos para ti.

—No hay prisa, Inés, así que no empieces.

—Tienes diecisiete años.

—Tengo tiempo —se levantó y se afirmó en la barandilla para mirar el agua. Sabía que debía casarse y que en su situación de “fugitiva” era la mejor solución, pero le horrorizaba la idea, no solo de convivir con un hombre, sino de depender de su autoridad. Miró al cielo y pensó en los ojos celestes de Brian Dumboyne, en su cuello tan varonil, sus hombros anchos, sus brazos fuertes y esas manos recias pero hermosas y suspiró odiándolo por no estar con ella, lo necesitaba a su lado, no sabía muy bien por qué, pero había esperado hasta el último segundo en el muelle a que él apareciera para acompañarla a Sevilla, pero no lo había hecho y se había sentido estúpida— no te preocupes Inés —dijo al fin girándose hacia la dueña— me casaré cuanto antes, está decidido.

\* \* \*

—La muchacha salió esta mañana hacia Sevilla, ¿qué hacemos nosotros? —Paddy se pegó a su jefe que miraba el cielo como en trance— ¿milord?

—Dales el día libre, que descansen, mañana por la noche todos aquí a la hora de la cena.

—Muy bien, qué pase un buen día, milord.



—Mmm —gruñó Brian observando el bullicioso puerto. Sofía acababa de abandonar su camarote después de una agitada noche de pasión. Tras el encuentro con Isabel Hermoso de Mendoza en la gobernación, había accedido a los ruegos de su amante y se la había llevado al barco. La había poseído un par de veces sin sacarse la ropa, con prisas y sintiéndose como un maldito miserable. Ella había gritado de placer bajo su peso y finalmente la había despachado sin una mísera muestra de ternura, aunque ella se había ido pavoneándose orgullosa y satisfecha. Jamás comprendería a las mujeres que lo trataban como a un trofeo, las odiaba a todas, determinó saltando a cubierta para bajar a la ciudad.

Caminó sin rumbo por las callejuelas estrechas pensando en Keira, su esposa, que había sido una chiquilla rubia, feliz y bonita que lo adoraba. Habían vivido exactamente once meses juntos, hasta el momento en que Kevin había venido al mundo, y poco podía decir de ella, salvo que se interesaba por el hogar, sus labores como esposa y poco más. Era recatada en la cama y lo trataba con reverencia, Brian la respetó siempre, le fue fiel y le dio ternura, pero jamás, jamás, le había provocado turbación o deseo, algo que él esperaba llegaría con el tiempo, aunque claro, ellos no lo habían tenido.

No creía en el amor romántico de los poetas y juglares, sin embargo algo parecido había estallado en su interior al ver por primera vez el rostro bellísimo y dulce de Isabel Hermoso de Mendoza, un sentimiento incómodo, y que lo alteraba lo suficiente como la desear abrazarla, besarla y protegerla. Esa turbación insensata e innecesaria le revolvía las tripas y le agitaba los nervios, debía dejar de pensar en ella, decidió, porque no volvería a verla, nunca más, aunque difícil sería olvidar sus ojos enormes y oscuros y esa actitud recta y llena de dignidad que acompañaba cada uno de sus pasos. Sonrió pensando en la noche anterior, cuando la había localizado en medio del enjambre de sedas y brocados de las demás mujeres del baile, de negro, tapada hasta las orejas, con el grueso velo cubriéndole el pelo, aunque dejando a la vista su preciosa cara, su cutis de porcelana, sus profundos ojos negros.

Parecía un ángel perdido entre tinieblas, aunque permanecía recta y erguida en la silla sin mirar a nadie, ni hablar con nadie, con una elegancia natural que exudaba cada uno de los poros de su cuerpo.

Estaba asustada, él lo sabía, pero nada en su gesto podía confirmarlo. La había seguido con los ojos cuando caminó con dignidad hacia las dependencias privadas del gobernador y pudo notar su aplomo avanzando como si nada ocurriera, a pesar de no ser más que una chiquilla asustada y sola, a la deriva, en un mundo que desconocía.

—¡Dumboyne! ¡Brian!

—¿Qué ocurre? —se paró en seco al escuchar la voz de Ronan Higgins.

—¿Es verdad que traías una fugitiva española en tu barco?

—¿Por qué? —echó mano a la espada y comprobó que se había alejado demasiado del puerto.

—Se lo han dicho al gobernador civil, me acabo de enterar, un clérigo, un cura del círculo del rey ha llegado esta madrugada y la buscan... —¿Dónde está ese hombre?, ¿qué le ha dicho el gobernador?

—No lo sé... qué se ha ido a Sevilla, ¡Brian!...

Brian Dumboyne ya no oyó nada más, debía conseguir un transporte rápido que lo llevara por el río. Corrió hacia el puerto para buscar a sus hombres, el corazón se le iba a salir del pecho y no pensó ni por un segundo en las consecuencias que le acarrearía todo aquel asunto. Entró en la taberna más concurrida y pilló a Paddy y a dos más en la barra, los agarró por las camisas y los sacó fuera.

—Una embarcación pequeña y rápida, necesito una ahora mismo que suba por el Guadalquivir, ¿me oyes, Paddy?

—Sí, milord, conozco a un tipo.

—¡Vamos! —corrió hacia su barco para recoger dinero y armas y a la salida se encontró con dos guardias que le cortaron el paso.

—Lord Brian Dumboyne de Irlanda, por favor acompáñenos a la sede de la gobernación civil, es importante.

—No entiendo —dijo en inglés, ignorándolos ostensiblemente.

—¡Señor! —uno de aquellos tipos sacó el sable y se lo plantó en el cuello, Brian se giró hacia él echando fuego por los ojos y a punto estuvo de matarlo ahí mismo si no es por Ronan Higgins que lo detuvo en la maniobra.

—¡Brian, no seas estúpido!, no sé qué pintas en todo esto, pero será mejor que comparezcas ante el gobernador si no quieres perjudicarnos a los dos... vamos, yo te acompaño —lo agarró por el brazo— señores, lo siento, mi amigo no habla vuestro idioma —dijo con una sonrisa a los guardias— pero iré encantado a ver a su gobernador.

Media hora más tarde, mientras se movía como un león enjaulado en la antesala de Diego de Fernández, pensando en que había sido un maldito irresponsable al abandonar a la muchacha a su suerte, la puerta se abrió de un golpe seco, invitándolos a entrar. Se arregló la chaqueta y pasó a la enorme oficina con Ronan a su espalda.

—Milord, sé que no entiende mi lengua pero espero que el señor Higgins nos haga de traductor —Fernández miró a ese enorme extranjero con una sonrisa. Dumboyne era rico y famoso entre los comerciantes de Cádiz, pero no podía hacer la vista gorda ante lo que acababan de contarle— el padre Rivera, amigo personal de su majestad el rey, dice que usted trajo a España a su pupila, doña Isabel Hermoso de Mendoza, actual duquesa de Estella, escondida y de forma ilegal en su barco, ¿es eso cierto?

—No —respondió antes de que Ronan acabara la traducción.

—¿Está seguro milord?

—¿Por qué?

—Brian... —Ronan lo miró suplicante— por favor.

—Di que no he hecho nada ilegal, Ronan, y qué debo irme.

—Sería asunto grave, porque la dama es menor de edad, soltera y está bajo la tutela del padre Rivera. Mejor si nos dice la verdad ahora.

—Mire, señor gobernador, yo no traje a nadie ilegalmente en mi barco, ni he secuestrado a mujer alguna y si me disculpan, tengo muchas cosas que hacer.

—Sí claro, lord Dumboyne puede marcharse, buenos días... — Brian miró a Ronan y salió corriendo hacia la calle.

En la puerta Paddy le esperaba con un caballo y dos hombres de refuerzo, se montó de un salto y salió rumbo a Sanlúcar de Barrameda como alma que lleva el diablo.

\* \* \*

—Tío, no puedes hacerme esto —Isabel se sentó en una butaca y se echó a llorar por primera vez en mucho tiempo.

—Lo siento, hija, pero tu madre, que en gloria esté, te puso en manos de ese hombre, y el rey lo ha ratificado, tengo los documentos en la mesa, él es tu único responsable legal, no puedo hacer nada. —Se aprovechó de mi madre y lo hará de mí, se quedará con el ducado, tío y perderemos todo.

—No, ha buscado un marido para ti, un duque siciliano, mira, mira los acuerdos —Fernando Hermoso de Mendoza no podía ni mirar a la cara a su preciosa sobrina, se sentía miserable por no poder ayudarla, pero no iba a ser él, el que le plantara cara al rey— Isabel, debes cumplir con tu deber y dejar de portarte como una niña.

—Tío por Dios... ayúdame.

—El rey jamás aceptará que te emancipes, hija, obedece, vuelve con Rivera y cástate con el conde Brucios, es un buen hombre y te llevará a Madrid, ya verás.

—No puede ser, no puede ser...

—Hijita, sube al cuarto de invitados y duerme, estás agotada, toda esta aventura ha sido una locura, mañana hablaremos, ve Isabel, buenas noches.

Subió los peldaños de la enorme escalera con el peso del mundo sobre los hombros, llegó a la cama y se echó encima sin desvestirse. Inés, igual de llorosa, se sentó a su lado y le acarició el largo pelo, oscuro y ondulado, con gran cariño.

—Nos iremos, Inés, no me quedaré ni un minuto en esta casa.

—Niña.

—¡No!, no sé dónde, pero nos iremos, tenemos joyas y oro y no dejaré que Rivera me de alcance.

El ruido de unos caballos al galope las sobresaltó, ambas se asomaron al balcón y vieron entrar al mismísimo Ovidio Rivera seguido por cuatro jinetes, Isabel casi se muere de la impresión y se giró hacia Inés para ordenarle que recogiera sus cosas.

—El malnacido no ha tardado ni un día en encontrarme... corre Inés, salgamos de aquí —se fue hacia la puerta y no pudo abrirla, estaba cerrada por fuera, miró a su dueña y la vio con los ojos desorbitados de terror— no te asustes, no pasará nada, tenemos que pensar un poco.

—Señora —la puerta se abrió y el sacerdote entró seguido por su tía Clara, la dueña de la casa— me alegra saber que estáis bien de salud, recoged vuestras pertenencias, nos marchamos inmediatamente.

—¡No!

—Isabel, hija, viene con una orden real —su tía la agarró por el brazo y animó a Inés a recoger el equipaje— no seas mal criada.

—No, tía, ese hombre es un delincuente, provocó la muerte de mi madre y me matará a mí.

—Bendito sea Dios —dos guardias la agarraron por los codos y la empujaron hacia la escalera, se revolvía indignada, pero nadie la ayudaba— si no te vas nos perjudicarás a nosotros, Isabel.

—¡Tío!, por Dios te lo suplico —su tío se encerró en la biblioteca mientras la arrastraban al carruaje. Alguien la empujó dentro y cayó de bruces en el suelo alfombrado— ¡tío! Los caballos se pusieron en marcha y se agarró del asiento para no golpearse la cabeza, el pelo le caía suelto en la cara mojada por las lágrimas, estaba desesperada, pataleó y gritó mientras Inés la miraba impotente, hasta que ya no quiso desgañitarse más. Debía serenarse y pensar. Eso era lo que debía hacer, pensar.

—¡Baja! —Rivera la miraba con odio, estaban en el muelle, con un barco pequeño delante, Isabel se quedó quieta dentro de la calesa y él tuvo que ordenar que la sacaran a la fuerza— maldita malagradecida, acabaré contigo ¿me oyes?, ramera, no eres más que una ramera, ¿qué le diste al irlandés para que te trajera?, ¿cómo lo engatusaste?

Ella lo escupió y Ovidio Rivera, demasiado superado para tener paciencia, le cruzó la cara con una tremenda bofetada, Isabel cayó al suelo a la par que Inés corría para socorrerla.

—Se acabaron las consideraciones, me obedecerás, serás mi mujer y me darás el heredero que necesito para tu maldito ducado, ¿me oyes, hija del demonio?

—¡No la toques, bastardo! —la voz ronca de Brian Dumboyne rompió el silencio de la noche, Isabel lo miró desde el suelo e hizo un esfuerzo por ponerse de pie— no te atrevas a tocarla hijo de la gran puta.

—El que faltaba —soltó Rivera mirando a sus hombres— ¡matadlo!

Brian superó la distancia que los separaba y lo abofeteó con el dorso de la mano, el cura cayó al suelo sangrando por la boca, desenvainó la espada con furia, y enfrentó a la guardia que retenía a las mujeres.

—Os mataré a todos si no la soltáis, vamos muchacha, sígueme.

—No te muevas Isabel Hermoso de Mendoza, como te vayas, te buscaré hasta en el infierno.

—¡Muérase! —le gritó escupiéndolo otra vez, agarró a Inés e hizo amago de seguir a Brian y a sus hombres, pero antes de dar un paso, Rivera agarró una antorcha de manos de un marinero y se la

lanzó encima, en una fracción de segundos la falda de su vestido empezó a arder.

Isabel siguió como en trance la escena, se miró a si misma e intentó apagar las chispas, Inés gritó sin moverse y por el rabillo del ojo vio como los hombres se enzarzaban en una pelea de la que Ovidio Rivera se mantenía alejado, no sabía qué hacer, pero no hizo falta decidir porque la mano firme de Dumboyne la agarró por la cintura y la lanzó sin mayor esfuerzo al agua, ella sintió el golpe seco y comenzó a hundirse de forma instantánea.

—No sabe nadar, no sabe nadar —gritaba Inés desesperaba viendo como Isabel intentaba patallar en medio del agua oscura. Brian masculló una serie de maldiciones en gaélico, soltó la espada y se lanzó detrás de ella. Un segundo después la alcanzaba con un brazo.

—¿No sabes nadar? —le preguntó pegado a su cara cuando ella se le abrazó al cuello.

—No.

—No pasa nada, tranquila, respira despacio, has tragado agua, no pasa nada.

—Gracias —respondió con el pelo suelto y mojado, los ojos asustados y temblando de miedo, él la apretó por la cintura y ella se pegó a su cuello con los ojos cerrados, jamás se había sentido tan segura.

Cuando llegaron a la orilla, Brian Dumboyne la elevó por encima de su cabeza para depositarla con cuidado en el muelle de madera, de un salto se puso a su lado y miró hacia el barco de Rivera, la pelea continuaba pero el carruaje huía despavorido.

—¿Estás bien?

—Sí, gracias, milord.



—Brian —corrigió, sonriendo— me llamo Brian.

—No sé si podré llamarlo así algún día.

—Si empiezas por tutearme tal vez sea un buen comienzo, vamos, hay que salir de aquí —le extendió la mano y la levantó para buscar su barcaza.

—¡Mi niña! —Inés llegó corriendo hasta ellos y besó las manos de lord Dumboyne como agradecimiento— le ha salvado la vida, milord.

—Bueno, ella me salvó a mí en Amberes. Ahora hay que dejar este país, Patrick ¿dónde se ha ido ese tipo?

—Huyó solo, milord, abandonó a sus hombres —Paddy jadeaba por el esfuerzo, habían matado a seis guardias y seguían de pie sin un rasguño.

—Hay que llegar a Cádiz y levar anclas de inmediato, nos vamos a casa.

—¿Cómo, milord? —Isabel le tocó el brazo con timidez— ¿dónde?

—A Irlanda, no voy a dejarte aquí, en mi tierra y con los míos estarás a salvo.

—Es lo mejor, Isabel —opinó Inés intentando organizarle la ropa empapada— ni siquiera el rey querrá ayudarnos.

—No sé como podré pagarle todo lo que ha hecho por mí, lord Dumboyne, es usted mi ángel de la guarda.

—Podrías empezar por llamarme por mi nombre —contestó él con una gran sonrisa, Isabel se perdió en sus ojos celestes, en los hoyuelos de sus mejillas y le devolvió la sonrisa así me gusta, vamos, salgamos de aquí.

\* \* \*

El tiempo maravilloso, la mar en calma y Brian Dumboyne como anfitrión. Nada podía mejorar aquello, opinó Isabel Hermoso de Mendoza sentada en cubierta, a la sombra del gigantesco velamen, mientras se deslizaban camino de Irlanda. La salida de Cádiz había sido a la carrera, no habían permanecido ni una hora en la ciudad antes de levar anclas y no habían visto ni a los guardias, ni a Rivera por el puerto, aunque lord Dumboyne había preferido no arriesgarse a esperar noticias y habían zarpado sin más.

En cuanto abandonaron puerto él la animó a descansar en su camarote, así que Isabel se desnudó, se tumbó en la cama y durmió doce horas seguidas. Inés hizo lo mismo y cuando Brian bajó un par de veces para comprobar que todo estaba en orden, se quedó hipnotizado viendo su sedoso pelo oscuro derramado sobre la almohada y las formas de su precioso cuerpo pegado a la camisola de dormir. Una imagen que combatió lanzándose al agua en cuanto recogieron velas y detuvieron la marcha ya en alta mar.

Pero Isabel nada supo de eso, ella no podía imaginar ni en sueños las sensaciones que provocaba en el atractivo y apuesto irlandés, con el que se sentía de pronto muy a gusto. Él era agradable y simpático, no se parecía en nada al adusto individuo que la había sacado de Londres, le hablaba, la observaba con ternura y procuraba que se sintiera a bien.

—¿Juegas solo? —se levantó y se acercó al rincón donde Brian había desplegado un precioso tablero de ajedrez hecho en piedra.

—Es para mi hijo, quería probarlo.

—Es precioso.

—Lo es, se lo compré a un comerciante árabe en Amberes, se lo había prometido.

—¿Qué edad tiene?

—Diez años.

—Pues tiene suerte —se sentó en una caja frente a Dumboyne y observó embobada su rostro curtido y moreno por el sol— ¿jugamos una partida?

—¿Juegas ajedrez? —él le clavó los ojos claros, sonriendo.

—Sólo si apostamos algo —bromeó calzándose el sombrero— jugaba mucho con mi padre, no tengo hermanos, así que se empeñó en enseñarme a mí.

—Me parece bien, ¿un esterlín de plata? —dijo guiñándole un ojo y ella asintió.

Desde ese momento las partidas se hicieron habituales, una o dos veces al día. Jugaban en silencio mientras Inés los observaba sin perder de vista al irlandés que miraba a Isabel con ojitos soñadores, sin contar con que su niña bebía los vientos por él, aunque no fuera consciente de su enamoramiento. Isabel era tan ingenua e inocente que era incapaz de traducir lo que sentía por lord Dumboyne, pero ella sí, y procuraría cuidar de su virtud hasta las últimas consecuencias.

—¿Por qué no tomas el sol? —volcó el rey y la miró de frente— jaque mate.

—Las damas no toman el sol —replicó ella sacando el *esterlín* de plata de su monedero.

—¿Ah, no?, es saludable.

—Tal vez, pero no es bueno para la piel, me lo han dicho toda la vida, ¿jugamos a los dados?

—¿Por eso llevas ese horrible velo en tierra?

—No, el velo es porque es doncella y está de luto —intervino Inés que había llegado sigilosa hasta ellos— ¿alguna pregunta más?

—¡Inés! —Isabel la miró muy enfadada.

—Y de los dados, nada, vamos a rezar el rosario, que es más útil.

El quinto día de travesía, cerca de La Rochelle, antiguo puerto mandado a construir por Leonor de Aquitania, Brian decidió que le enseñaría a nadar porque era insólito que no pudiera disfrutar de una actividad tan gustosa y además tan necesaria. Isabel le había contado que ella no había pasado mucho tiempo al aire libre durante su vida, apenas la dejaban correr de pequeña y sus aficiones, antes de entrar al convento, se limitaban al esgrima y el arco, pasiones que habían acabado de golpe con su ingreso en Las Descalzas Reales.

—Vamos, salta —sin camisa y vestido con unos pantalones de paño muy ajustados, la esperaba en el agua cristalina y agradable de la costa francesa, ella, vestida con calzas y una camisa de hombre, cedida por los marineros, lo miraba desde la escalerilla, temblando.

—Niña, por Dios —Inés rezaba el rosario ante la ocurrencia y los demás tripulantes seguían la maniobra muy entretenidos.

—¿Tienes miedo?

—No —se tapó la nariz y saltó al mar con los ojos cerrados, al tocar el agua helada Brian la sujetó y ella se le agarró al cuello con fuerza.

—Es muy agradable que me abrases, demasiado diría yo —le susurró al oído sintiendo sus senos firmes y erectos contra su pecho, y su cuerpo menudo y tibio pegado a él— pero deberías soltarte e intentar flotar, venga Isabel, no voy a dejar que te ahogues en alta mar, no soy tan mala persona.

—Vale, vale Aunque prefería su cuello fuerte y su olor delicioso a mar y limpio, Isabel se soltó y poco a poco fue serenándose y aprendiendo a flotar bien agarrada a su mano, por primera vez en su vida fue consciente de su cuerpo y cuando, una hora después, subió al barco agotada y sonriente, descubrió con placer que tenía unos músculos fuertes y flexibles, estupendos para hacer ejercicio.

—Jaque mate —lo miró de frente y soltó una risa suave. Brian le devolvió la sonrisa pensando, como siempre, que esa muchacha era la criatura más hermosa del mundo.

—Quiero la revancha —Eres mal perdedor lord Dumboyne —hizo amago de levantarse, era de noche y estaban solos en la cubierta— me voy a dormir.

—No, merezco una revancha y aún es temprano —miró las estrellas— hace un tiempo excepcional.

—Vale ¿qué te apuestas ahora?

—Un beso —soltó por impulso— pero uno de verdad.

—¿Uno de verdad? —era incapaz de coquetear o jugar con un hombre, así que ni se inmutó— ¿hay besos de mentira?

—¿Qué es un beso para ti?

—Pues un beso —se incorporó y lo besó castamente en la mejilla, se sonrojó muy a su pesar y el corazón se le subió a la garganta, estaba siendo demasiado imprudente.

—¿A eso le llamas beso? —soltó una carcajada profunda, se acercó a ella, la sujetó con las dos manos por el cuello y se pegó a su nariz, Isabel Hermoso de Mendoza se quedó quieta mirando de cerca esos maravillosos ojos celestes— *Póg mé*[1].

Le rozó la boca con la suya durante un momento eterno, disfrutándola, sintiéndola dulce y temblorosa, mientras el calor le subía por todo el cuerpo. Le separó los labios y le llenó la boca con la lengua suave y exigente. Isabel permaneció con los ojos abiertos, un poco conmocionada, pero no huyó, si se movió, cerró finalmente los ojos y se dejó llevar por esa sensación única y maravillosa que le despertó todos y cada uno de los sentidos de su cuerpo.

—Doble o nada —dijo al fin, cuando él decidió parar ese beso interminable.

—¿Cómo? —Brian se echó a reír a carcajadas.

—Me apuesto un beso de verdad, doble o nada, seguro que te vuelvo a ganar.

\* \* \*

A pocas jornadas de llegar a Dublín, Brian Dumboyne se quedó quieto delante del timón mirando el mar rizado y azul. Se sentía feliz, dichoso y era incapaz de disimularlo. La sola presencia de Isabel en el barco le alegraba la vida, su risa, sus ojos negros, su

inocencia y sus besos apasionados que le regalaba con naturalidad cuando se quedaban a solas, le habían cambiado la vida, y a pesar de todos los problemas que la perseguían, la vida parecía perfecta y no quería pensar en lo que harían cuando pisaran tierra y tuvieran que enfrentarse a su realidad.

Tal como le había advertido Albert Fitzgerald en Londres, Isabel era una muchacha increíble, inteligente y con sentido del humor. Se reían mucho juntos, era directa en sus preguntas y comentarios, lo miraba de frente y no había artificio alguno en su personalidad. Lo tenía completamente fascinado y sabía que sería muy difícil prescindir de su compañía y mantener las distancias, aunque llegados a puerto, eso era sería precisamente lo que debía pasar. Cada uno en su sitio, cada uno con su vida.

—¿Puedo hablar con usted, milord?

—Sí —se giró y se encontró con la solemne figura de Inés delante, era un encuentro que llevaba días esperando, así que la animó a hablar.

—Ella es una niña.

—Lo sé.

—Usted es un hombre de honor y le agradeceré siempre habernos ayudado tanto, haberle salvado la vida, pero por Dios se lo pido, respétela, Isabel tiene que casarse y vivir la vida para la que fue criada.

—Yo la respeto.

—Los he visto... —Inés bajó la vista avergonzada, pero era cierto, los había sorprendido besándose y casi se había muerto del disgusto— esta niña se crió entre algodones hasta los doce años, es verdad que el duque la educó bien y procuró hacerla fuerte, pero con doce años entró en el convento, se ha pasado cinco años encerrada detrás de unos muros de piedra, rodeada de mujeres,

rezando y bordando, no sabe nada de la vida y simplemente el hecho de besarse... —carraspeó— atenta contra su virtud más de lo que usted se puede imaginar, milord.

—Yo respeto a Isabel, Inés, no debe temer nada.

—Ella no tiene a nadie. Salvo a mí, está sola en el mundo y me preocupa que crea que cuenta con usted...

—Y puede hacerlo... —Ya sabe a qué me refiero, milord. Usted es un hombre con experiencia para quién un par de besos robados no significan nada, pero... —le clavó los ojos marrones y Brian sintió un escalofrío recorriéndole la columna vertebral— ella no es como las mujeres que usted conoce... además el rey la reclamará, es grande de España, una duquesa, seguramente no tardaremos en tener noticias de Madrid y me preocupa.

—Lo sé, pero ella no tendrá que ir si no quiere...

—¿Y cómo pretende protegerla?

—Inés ¿qué pasa?, ¿qué haces aquí? —Isabel los pilló en el puente de mando y les sonrió a ambos, Brian relajó el gesto al verla entrar preciosa, ataviada con un vestido color crudo, rescatado de la carga.

—Nada, Inés quiere saber cuando llegamos.

—¿Y cuando llegamos?

—Mañana, ¿ya has comido?

—John ha preparado algo y nos lo ha dejado en cubierta.

—Bien, comamos pues, vamos Inés, acompáñenos.



\* \* \*

—Es precioso —Isabel miraba a lo lejos la costa irlandesa, estaba nublado pero divisaba perfectamente el verde oscuros de sus prados y las suaves montañas de las que él le había hablado durante la travesía.

—Isabel.

—¿Qué?

—Cuando llegemos debes escribir a tu rey, debes denunciar tu situación y aclarar tu futuro.

—Sí —trago saliva con dificultad, era inevitable volver a pensar en la vida real y se sentía muy triste— por supuesto.

—Bien, busca tu equipaje, bajaremos en una hora.

—Muchas gracias.

—No hay de qué —le dijo sin apenas mirarla, le dio la espalda y se concentró en dar instrucciones a sus hombres.

Cuando el capitán del barco inició la maniobra de atraque en Dun Laoghaire, tierra natal de Brian, Isabel pudo ver como la gente corría hacia los muelles para recibirlos. Los marineros se afanaban en su trabajo mirando de reojo a sus vecinos, amigos y familiares que se acercaban dando alegres muestras de bienvenida. Ella, vestida de negro y de la mano de Inés, observó el paisaje con una sonrisa, en seguida divisó las suaves montañas verdes, los barquitos de colores, las casas de piedra, y se sintió emocionada. La gran embarcación echó el ancla y Brian saltó al muelle desde la cubierta sin esperar el atraque definitivo, Isabel lo siguió con los ojos y vio como él abría los brazos hacia un niño rubio que corría feliz por

el pantalán, Kevin, pensó con los ojos llenos de lágrimas, el pequeño se lanzó confiado a los brazos de su padre, que lo estrechó con fuerza. Inés miró a Isabel por el rabillo del ojo, vio sus lágrimas y se le partió el alma en dos.

—¿Me has traído una madre? —el pequeño Kevin miró con el ceño fruncido a esa jovencita vestida de oscuro que descendía por la pasarela con cuidado.

—No hijo, es una buena amiga, se llama Isabel y no habla nuestro idioma pero entiende el inglés, está aprendiendo, así que háblale despacio ¿sí?

—Es muy bonita.

—Lo es.

—Es tan hermosa que debería estar prohibido —exclamó su madre en gaélico, haciéndolo sonreír, Brian se giró y se abrazó a ella con cariño— ¿por qué has vuelto antes?

—He acabado antes.

—¿Y quién es?

—Isabel Hermoso de Mendoza, ¿te acuerdas de Albert Fitzgerald?, pues es su prima segunda, necesita quedarse un tiempo con nosotros.

—Es muy joven y muy fina.

—Es una dama, una duquesa española, está de luto, acaba de quedarse huérfana y tiene diecisiete años, ¡Isabel! —la llamó para que se acercara a saludar— te presento a mi madre, Margorie Dumboyne, y este es mi hijo Kevin.

—Mucho gusto, milady, esta es Inés, mi dama de compañía. Hola Kevin.

—Bienvenidas las dos, vamos a casa, estaréis cansados, Kevin, compórtate como un caballero y deja de mirarla con la boca abierta —susurró en gaélico a su nieto— tu padre se alegrará de verte Brian, hay mucho trabajo pendiente.

La casa de un lord de Irlanda no era precisamente a lo que ella estaba acostumbrada, estaba cerca del puerto y se trataba de una enorme construcción de piedra, lo más parecido a un castillo, pero bastante más austero que su casa o el convento donde las jóvenes de buena familia gozaban de grandes privilegios como alfombras en las celdas y manjares en la mesa. Llegaron a pie a la enorme entrada, después de saludar por el camino a muchísimas personas que la miraban descaradamente y con una sonrisa en la cara. Poco le costó comprobar que su pelo y sus ojos representaban una novedad en medio de muchas cabezas rubias y pelirrojas y se limitó a devolver sonrisas con gran cortesía, mientras Inés no la soltaba del brazo.

En la entrada al castillo conoció a dos de las seis hermanas de Brian, Grace y Holly, que la miraron de arriba abajo sin disimulo, e inmediatamente fue trasladada a una habitación de invitados donde pudo asearse y tranquilizar a su dueña, que no se podía creer a donde las habían llevado.

—¿Quién es la chica?

—Ya te lo he dicho madre, una prima de Albert —se sacó las botas y empezó a desvestirse en su cuarto, con Kevin desenvolviendo el ajedrez de piedra en el suelo, mientras su madre caminaba a su alrededor— ¿qué pasa?

—Tengo media docenas de buenas y decentes chicas irlandesas esperando una palabra tuya, hijo, espero que no lo olvides.

—¿A qué te refieres?

—Si quieres una esposa, tienes aquí mucho donde elegir.

—Madre.

—Mírame, Brian.

—Es una buena amiga, una chica en apuros, no tiene a nadie y quiero ayudarla, nada más.

—¡¿Qué sucede aquí?! ¿es verdad que has traído un ángel a mi casa? —Kevin Dumboyme, el padre de Brian entró a grandes zancadas y abrazó a su hijo— todo el mundo habla de ella, quiero verla... ¿te vas a casar bribón?

—Dice que no —intervino su madre.

—Padre, ¿podemos hablar de trabajo?, quería comentarte algo.

La primera cena en casa de los Dumboyme cambiaría la apreciación del mundo para Isabel, que estaba descubriendo la vida a toda prisa desde hacía pocos meses. La mesa, larga y llena de comida, albergaba a una bulliciosa y alegre tropa de comensales, cada cual más entusiasta y con el vozarrón más fuerte, que charlaban, se abrazaban y se tocaban con naturalidad. La familia era afectuosa y se alegró de ver a Brian con Kevin en las rodillas, compartiendo la conversación con su padre, que era un hombre altísimo y muy agradable que le había ofrecido su casa el tiempo que necesitara. La gente en general era muy amable, salvo algunas jóvenes que fruncían el ceño a su paso, los demás le sonreían todo el tiempo y lady Margorie y lord Kevin, parecían acogedores y cariñosos, algo que acabó por tranquilizarla.

A las pocas horas entendió que las mujeres y los hombres se mezclaban poco, con lo cual perdió la compañía de su amigo de forma instantánea. Él, trabajaba supervisando los talleres de paños y encajes, los asuntos del puerto y por supuesto la administración de sus negocios. Por las noches lo veía al otro lado del gran salón central charlando con sus iguales, sin mirarla apenas, aunque se ocupara personalmente de su bienestar y de que su estancia en la casa le resultara agradable.

En ausencia de Brian Dumboyne, su hijo Kevin ocupó su sitio con gran entusiasmo. El pequeño era alegre y lleno de energía, le hablaba sin parar, la seguía por todas partes y le enseñaba gaélico con gran disposición aunque se muriera de la risa por su pésima pronunciación; a cambio Isabel le enseñaba español y jugaba con él al ajedrez. Ella no había tenido hermanos, ni siquiera una familia normal, así que la compañía del niño la hacía dichosa, sobretodo porque era el hijo de Brian y porque sonreía igual que su padre, cosa que la enternecía hasta las lágrimas.

Por las mañanas ayudaba en casa y cuando lady Margorie comprobó con satisfacción que bordaba y cosía como una experta, las sumó en seguida, a ella y a Inés, a las tardes de costura con las mujeres de la familia. Quince días después de su llegada a Irlanda, apenas recordaba sus últimos meses de desgracias y aunque coincidía poco con su héroe particular, lo admiraba de lejos y lo seguía con los ojos y él, siempre divertido, le devolvía las sonrisas con un guiño o un gesto de complicidad que le volcaban el corazón de golpe. —¿No tenías perros? —Kevin la había invitado a dar un paseo por el campo con Odín, su precioso perro, y llevaban un rato caminando por un largo sendero de césped, acompañados por Inés. Isabel detuvo el paso y se quedó admirando el verde paisaje.

—Sí, cuando era pequeña, en casa de mi padre.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete, Kevin.

—Siete más que yo.

—Sí.

—¿Tienes un novio en España?

—No, no tengo un novio.

—Conozco a varios hombres que quieren casarse contigo.

—¿Ah sí? —se echó a reír con ganas, el niño hablaba muy despacito el inglés, así que le entendió perfectamente.

—Dos se lo han dicho ya a mi padre.

—Bueno, son muy amables.

—Va a caer una buena tormenta, deberíamos volver.

Terminada la frase, un trueno los dejó en silencio y Kevin la agarró de la mano para salir corriendo de vuelta a casa. En menos de dos segundos el cielo se oscureció liberando una lluvia intensa y abundante y bajaron el sendero muertos de la risa mientras Inés protestaba y se quejaba a su espalda, localizaron un granero detrás de las caballerizas y entraron a la carrera para esperar que escampara la tormenta.

—Padre —susurró el niño e Isabel se giró a tiempo de ver a Brian Dumboyne abrazado a una mujer pelirroja y alta, él estaba sin camisa y ella tenía la falda levantada, se besaban apasionadamente y al verse sorprendidos, la joven miró a Isabel sonriendo.

—Lo siento —dijo turbada, un golpe seco y certero le quitó el habla, sintió como el mundo se movía bajo sus pies e hizo amago inmediato de salir huyendo.

—¡Mierda! —masculló Brian en gaélico y cruzó la mirada con la de Inés que parecía tan desolada como su señora— Isabel ven aquí, ¡Isabel!

—¡No! —la dama de compañía se cruzó en su camino y le puso la mano en el pecho con autoridad, miró a la mujer y vio como se arreglaba el escote con descaro— ¡déjela!, no le permito que se acerque a ella, se lo dije milord... se lo advertí.

—Kevin síguela, puede perderse ¡corre! —ordenó a su hijo apartándose de Inés— no quería hacerle daño.

—Pues ya es tarde —Inés salió del granero y caminó bajo la lluvia persistente hasta que entró en la casa, todo el mundo se afanaba en sus labores y el pequeño Kevin salió a su encuentro para decirle que Isabel estaba en su cuarto, sana y salva, Inés lo miró con ternura y le acarició el pelo rubio— eres todo un caballero, señorito Dumboyne, gracias, ya me ocuparé de ella.

Cuando entró en el dormitorio la encontró tiesa como un palo, mojada y digna, mirando por el pequeño ventanuco. No se volvió al oírla, pero Inés supo que estaba llorando, con el rosario entre los dedos temblorosos. Cerró la puerta y se dedicó a cambiarse la ropa mojada.

—La carta para su majestad está hecha desde ayer, querida, por favor ¿puedes dársela a Paddy?, él se ocupará de llevarla al puerto y discúlpame para la cena, dile a lady Dumboyne que me siento un poco acatarrada, e Inés —la dama la miró sin hablar— cierra con llave por favor.

Su querida Inés salió, y ella cayó de rodillas al suelo llorando. Llevaba mucho tiempo sufriendo, demasiados años resignándose a una vida de penas y amarguras. Como le había explicado mil veces sor Remedios, una de las monjas del convento, “hemos venido a este valle de lágrimas para sufrir y conseguir la vida eterna, Isabel”, y ella lo aceptaba, no tenía más alternativa, aunque no había podido resignarse jamás a esa realidad que se empeñaba en destrozarla. La muerte de sus padres, el encierro injusto en el monasterio, Rivera, la indiferencia de su tío Fernando y ahora Brian Dumboyne.

Él no era su marido, ni su prometido, pero ella lo amaba. Lo sabía con certeza desde hacía semanas, y el viaje desde España no había hecho más que asentar su amor por él. Pero la realidad era bien distinta y una vez más le tocaba perder y aceptar que él no sentía lo mismo y que tampoco estaba a su lado. Brian Dumboyne estaba fuera de su alcance, ella seguía sola, sola con Inés, y no había nada más que hacer, aunque esta vez, a pesar de estar acostumbrada a no contar con nadie, le resultaba muy difícil resignarse a la pura y cristalina verdad: que él le era ajeno,

pertenecía a su mundo y a las mujeres con las que decidía compartir su tiempo, su cuerpo y sus caricias.

—Te han mandado este plato de comida, lady Dumboyne dice que deberías comer para recuperarte, estoy de acuerdo— un día después, seguía encerrada en el cuarto languideciendo junto a la ventana— vamos, cariño.

—Gracias, querida Inés.

—Hace buen día, vamos a dar un paseo, el pequeño Kevin está esperándote en la cocina, lleva todo el día esperando.

—Pobrecito, dile que me siento enferma, por favor.

—Es un chiquillo tan cariñoso, ¿verdad?, sus abuelos se desviven por él...

—He pensado que deberíamos volver a Londres, pediré asilo en la embajada y cogeremos un barco hacia España, dudo mucho que pueda hacer algo desde aquí.

—Yo creo que deberíamos esperar un poco más.

—No quiero seguir aquí, no puedo... —la miró con los lagrimones anegando sus hermosos ojos negros e Inés corrió a su lado para abrazarla— creo que voy a morir de vergüenza y de pena, Inés, he sido tan estúpida, tengo que irme.

—Vale, vale, pequeña, no llores más, no tienes que avergonzarte de nada, no es tu culpa... cariño —suspiró— no tenemos donde ir, ¿dónde quieres ir?

—A la embajada, tal vez pueda aceptar alguna proposición matrimonial, el único camino es casarme en seguida, con quien sea, Inés, por favor, apóyame en esto ¿sí?

Cuando logró deshinchar los parpados, con compresas de agua fría, y evitar el llanto más de media hora, se vistió de negro y salió



del cuarto. En la cocina saludó a parte de la familia y a lady Margorie, que mandó a buscar a Kevin, el más interesado en su salud. Al niño se le iluminó la cara al verla e Isabel le pidió que la acompañara a buscar a Paddy Doherty, tarea que el pequeño se apresuró a realizar, encantado de la vida. Paddy, muy satisfecho después de haberse gastado casi la paga entera en la taberna del pueblo, la oyó en la puerta de su casa, en silencio, y determinó que sus nuevos planes eran muy mala idea.

—No nos hemos jugado el pellejo tantas veces para que vuelva a su embajada, milady.

—Y os lo agradezco, y no os molestaré más, te lo juro. Tengo esto —sacó del bolsillo una esmeralda enorme que había pertenecido a su madre y se la puso en la palma de la mano— me da igual lo que saques por ella y si sobra mucho después de pagar nuestros billetes a Inglaterra, es todo tuyo si me ayudas, Paddy, por favor.

—¿Y milord?

—Estoy muy agradecida con lord Dumboyne, pero esto no es asunto suyo.

—Bien, veré lo que puedo hacer.

Kevin, que jugaba con su perro tranquilamente en la calle, la animó a dar un paseo por el pueblo, ella lo agarró del brazo y aceptó su invitación con una sonrisa, Kevin era un chiquillo estupendo y no se alejaría de él por culpa de su padre, al menos los días que tuviera que permanecen en Dun Laoghaire, los aprovecharía a su lado.

—¿Cómo eran tus padres?

—Cariñosos, amables...

—Yo no sé cómo era mi madre.

—Lo sé, cariño, es muy triste, pero seguro que te cuida desde el cielo.

—Eso dice papá... ¿estás enfadada con él?

—¿Con quién?

—Con mi padre.

—No —Él está enfadado por lo del otro día.

—No entiendo por qué...

—Hola Kevin, querido, ¿cómo estás? —la misma pelirroja del granero los detuvo en su paseo, Isabel se irguió y la miró a los ojos con toda la dignidad de que disponía— esta noche vienes a cenar con tu papá a mi casa ¿de acuerdo?, te haré algo que te encantará.

—Gracias —respondió el niño— pero no sé si mi abuela lo permitirá.

—¿Cómo que no? —le acarició el pelo y él retrocedió— su padre y yo nos vamos a comprometer ¿sabe?—le dijo directamente en inglés— y nuestro pequeño niño tiene celos, es normal...

—¡Kevin! —la voz rotunda de Brian Dumboyne interrumpió a su amante en medio de la frase, ella lo miró sonriente y coqueta e Isabel clavó los ojos en el suelo— ¿dónde vais?

—A pasear con Odín.

—Bueno, ya es tarde, volved a casa.

—Hola querido.

—Buenas tardes, Pearl.

—Vamos, hijo, acompaña a lady Isabel de vuelta a casa, creo que va a llover.

Isabel y Kevin se miraron un segundo antes de obedecer, giraron sobre sus talones e iniciaron la vuelta al castillo. Ella ni miró a la pareja y empezó a avanzar muy rápido, sin proponérselo, casi corriendo, hasta que la mano segura de Brian la frenó en seco en el patio central de la propiedad.

—¿Nos estás siguiendo?

—Sí, debemos hablar, ven conmigo por favor.

—No, gracias, no quiero hablar contigo.

—¿Cómo dices? —frunció el ceño con una media sonrisa, venía de trabajar, con pantalones y camisa de hilo oscuros y el pelo revuelto, Isabel creyó morir al mirarlo a los ojos, pero le sostuvo la mirada— solo será un momento.

—No, gracias.

—Eh no, ¡Isabel!

—¡No! —se giró y lo acribilló con los ojos negros, el pequeño Kevin oyó el tono de voz de su padre y se alejó sin quitarles la vista de encima, la gente los observaba con curiosidad pero eso a ella no le importó— he dicho que no, no quiero hablar contigo, nunca más ¿de acuerdo?, jamás. Te agradezco muchísimo tu ayuda y hospitalidad, todo lo que has hecho por nosotras, dije que pagaría bien y antes de irme cubriré todas las molestias. Pero no me vuelvas a tocar —le quitó el brazo y él la soltó con la boca abierta— ni a mirar, ni a saludar siquiera, no hace falta.

—Isabel, estás confundida, yo...

—No, no estoy confundida. Sé lo que vi y sé lo que siento, me siento estúpida y ridícula ¿sabes?, se me partió el corazón comprobando la poca importancia que tienen para ti algunas cosas que para mí son sagradas, pero no es tu culpa —suspiró— como

dice Inés, no sé nada de la vida, aunque afortunadamente estoy aprendiendo rápido.

—Escucha —no tenía argumentos y se atusó el pelo sin saber que decir, esos eran los reproches más claros que le habían regalado en toda su vida— no dije que fuera tu prometido, ni...

—Por favor, ahora no me ofendas con eso... —se agarró la falda del vestido y le dio la espalda.

—Te mereces alguien mejor que yo.

—Por Dios... —los ojos se le llenaron de lágrimas, cuadró los hombros y volvió a mirarlo de frente— muchas gracias otra vez, has sido muy amable conmigo y con Inés, y nos iremos en cuanto consiga un barco hacia Inglaterra.

—¿Vas a cometer una estupidez por un enfado conmigo?

—No es asunto tuyo.

—¿Cómo que no?, maldita sea, me he jugado el pellejo por ti.

—Y te lo agradeceré toda la vida.

—No permitiré que te vayas, ¡Isabel! —avanzó un paso para agarrarla del brazo, ella se revolvió indignada intentando sujetar las lágrimas que le anegaban la garganta— no te irás, no eres más que una mocosa malcriada, enfadada y confundida, no te dejaré marchar, no lo haré.

—¡No! , no tienes ningún derecho. ¡Suéltame!

—¿No tengo ningún derecho?, ¿después de que me he jugado la vida y el prestigio por ti?, claro que tengo derecho, tú no piensas con claridad, yo decido, así que fin de la historia.

—Tengo diecisiete años, soy una mujer adulta y he pasado por todo esto para evitar que un hombre —respiró hondo y lo miró a los

ojos— gobierne mi vida, tú tampoco lo harás, Brian.

—No puede ser —soltó una risa sarcástica y miró al cielo— ¡vuelve a tu cuarto ahora mismo y ya lo discutiremos cuando recuperes la cabeza! , creí que eras inteligente, Isabel, y no eres más que una niña —la agarró de la mano para meterla en la casa y ella se zafó con rabia.

—¡Déjame, te he dicho que no me toques!

—¡Isabel!

—¡Brian ya está bien! —lord Kevin Dumboyne interrumpió la discusión sujetando a su hijo por el hombro, miró a Isabel y le hizo un gesto tranquilizador, llevaban varios minutos siguiendo la escena con la boca abierta, era la primera vez que veían a Brian tan fuera de sí con una mujer y no podían tolerar ni un minuto más un comportamiento tan poco apropiado— deja a la dama en paz, por lo visto no quiere saber nada de ti, discúlpalo Isabel, a veces no sabe contenerse.

—Es una cría y está celosa —protestó Brian en gaélico, su padre frunció el ceño.

—Da igual, déjala, ella no es tu responsabilidad que yo sepa, ni tu mujer, ni tu hija, ni tu hermana, así que respeta a la señora, tú mismo has dicho que es una duquesa, que le debíamos respeto, pues empieza por hacerlo tú.

—¡Maldita sea! —espetó Brian Dumboyne tan furioso que salió arrastrando a perros y personas en su salida aireada del patio. Isabel Hermoso de Mendoza empezó a respirar con dificultad hasta que soltó un sollozo ahogado que lord Dumboyne no supo como contener.

—No me gusta —susurró Margorie Dumboyne a su marido en su lengua, cuando llegó para abrazar a la pobre chiquilla— está furioso, puede hacer cualquier estupidez, ve detrás de él, por favor.

Vamos hija. Kevin, cariño no te asustes, es una discusión entre mayores, ¿puedes ir a buscar a la señora Inés?, dile que Isabel la necesita.

\* \* \*

Pearl MacKefee era una más. Viuda desde hacía cinco años y de su misma edad, era su amante esporádica, sobre todo cuando regresaba de algún viaje. Ella era ardiente y experta, siempre andaba dispuesta y solían yacer en cualquier parte como animales en celo, jamás en una cama o una posada decente, lo sentía por Pearl, pero no representada nada en absoluto y se lamentó que fuera precisamente con ella con quién lo pillara Isabel en el granero.

Desde esa lamentable tarde las cosas habían variado sensiblemente con la española, más aún después de la inadecuada discusión mantenida en público, y que lo había dejado impotente, indignado y muy confuso. Isabel era fuerte, con carácter y con una dignidad inflexible, así que no había sabido manejar la situación y se había comportado como un estúpido delante de su hijo y de su familia y peor aún, la había dañado aún más. Ella no entendería jamás sus esgarces sexuales, sus aventuras rápidas y sin compromiso, porque ella no sabía nada de la vida y solo creía en el matrimonio, el compromiso y el amor verdadero. Así que no pretendía su comprensión, pero si necesitaba recuperar su respeto, su amistad, porque no podía ni imaginar la vida sin ella, porque la necesitaba, la añoraba y en el fondo de su alma, sabía que la amaba.

Desde su memorable pelea, Isabel no lo miraba, lo evitaba ostensiblemente, y se dedicaba a sus espaldas, y ayudada por su propio padre, a organizar el viaje a Londres, una idea pésima que él no podía permitir, aunque se viera obligado a atarla a la cama.

—La señora MacKeefe le dijo a Isabel que os comprometerías, ¿te vas a casar con ella?, no me gusta y sus hijos tampoco.

—No Kevin —miró a su hijo y le acarició la cabeza— eso no es verdad, no me casaré con ella, estaría bromeando.

—¿Y con Isabel?

—Ella me odia —soltó medio riéndose, miró al frente y la vio rezando el rosario con las abuelas de la casa. Estaba lloviendo y todos pasaban la velada dentro del enorme salón. Isabel había dejado la tertulia de las mujeres y se había sumado con Inés al rezo. Era tan hermosa, frágil, y con esa dulzura que exhalaba por todos los poros de su piel, pensó en sus besos apasionados e intensos y se excitó instantáneamente.

—Dice que se va la semana que viene, ¿vas a dejar que se marche?

—No puedo prohibirle nada, Kevin, ¿jugamos una partida de ajedrez?

—No quiero que se vaya, es mi amiga —Kevin lo miró con los ojos llenos de lágrimas y Brian sintió que se le partía el corazón— búscale un marido aquí.

—Hijo...

—Dice que tiene que casarse para poder volver a su hogar, dile que se case con alguien de aquí.

—Ojalá pudiera hacer algo —estiró el brazo y lo asió contra su pecho— pero ella no es de aquí, hijo, seguramente está deseando

volver a su casa.

Isabel acabó el rosario y se levantó para subir a dormir, no era muy tarde, pero no quería seguir en la misma habitación con Brian Dumboyne. Lo buscó con los ojos y lo vio enfrascado en una partida de ajedrez con el pequeño Kevin, y se alegró, el niño adoraba a su padre y sin embargo pasaban poco tiempo juntos.

Se despidió de las señoras y salió al pasillo que rodeaba el patio, no hacía frío aunque llovía, se apoyó en la balaustrada y se quedó mirando la lluvia en completo silencio.

—Él no tiene dueña.

—¿Perdón? —se giró y vio a Pearl, la amante de Brian, a un palmo de distancia, no vivía en el castillo así que se sorprendió de descubrirla ahí.

—No se casará con nadie y no esperes que te ame.

—Creí que se casaba con usted.

—No —Pearl soltó una risa suave— intentaba espantarte lejos. Hay muchas mujeres que han hecho hasta brujería para enamorar a Brian Dumboyne ¿sabes?, pero no cede, las malas lenguas dicen que su madre, lady Margorie, lo protege con sus propios hechizos.

—No sé nada de eso.

—¿Cuándo te marchas?

—La semana que viene.

—Me alegro.

—Yo también.

—¿Qué haces aquí Pearl MacKeefe? —la voz serena de Marie, la hermana mayor de Brian, hizo saltar a la pelirroja— ¿no es muy



tarde para dejar a tus hijos solos?

—No están solos.

—Ah claro, están con Peter Mulrooney, enhorabuena, ya sé que lo has cazado.

—Buenas noches —contestó Pearl y salió camino de la salida.

—¿Qué te ha dicho?

—En realidad nada importante.

—Hay cientos de mujeres que están celebrando con palmas tu marcha, la primera la señora MacKeefe, mi madre vio que venía detrás de ti y me ha mandado al rescate —Marie rió e Isabel con ella, Marie era preciosa, estaba casada con un hombre muy apuesto de nombre Seamus y era madre de siete saludables niños— no deberías irte, deberías quedarte aquí, domar a mi hermano y llenarlo de hijos.

—¿Cómo? —se sonrojó hasta las orejas y Marie simuló no verlo.

—Nunca lo había visto mirar a nadie como a ti, ni siquiera a la pobre Keira que en gloria esté. El no lo sabe, pero te ama —buscó sus ojos negros. Para Marie aquella chiquilla era la muchacha más hermosa que había visto, y la más discreta y humilde, a pesar de tener un carácter capaz de doblegar al mismísimo Brian Dumboyne, Isabel era modesta y eso le gustaba— las mujeres a veces tenemos que ayudarles a entender lo que sienten.

—No creo que sea el caso.

—Estás ciega, entonces.

—Marie, Isabel ¿qué pasa aquí? —el aludido llegó al pasillo e Isabel se puso tensa de inmediato— no tienes que irte, ya me voy yo.

—Buenas noches —dijo Isabel estrujando la falda, el corazón se le iba a salir del pecho después de oír las palabras de aquella joven— hasta mañana Marie.

—¿No me soportas ni un minuto?

—Buenas noches —repitió e inició el camino apresurado a su cuarto.

—¡Síguela! —dijo Marie.

—¿Cómo dices?

—Brian Dumboyne ¡síguela y discúlpate con ella!— Brian miró a su hermana y salió detrás de Isabel, obediente.

—Isabel por Dios —ella entró en la habitación y cerró la puerta de un golpe, Brian se apoyó en la pared, bufando— ábreme por favor, hablemos... —se calló y esperó alguna reacción— no quiero que te vayas sin que volvamos a ser amigos, si quieres irte no puedo detenerte, pero al menos háblame. Siento mucho todo lo que ha pasado y como me comporté el otro día, lo siento. Isabel — esperó un momento eterno, ella lloraba al otro lado de la puerta pero no podía hacer mucho más— vale, queda claro, buenas noches.

—Siempre serás mi amigo —le dijo abriendo la puerta— te debo mi vida y la de Inés. Te escribiré y seguiremos conservando esta amistad, tú eres la persona que mejor se ha portado conmigo, en toda mi vida, y no tengo ningún derecho a tratarte así, pero no quiero hablar, ahora no... se me pasará, te escribiré y tal vez puedas ir a visitarme a España ¿no? —amagó una sonrisa y Brian se atusó el pelo— llevar a Kevin a conocer Madrid.

—¿Cuando vivas con tu marido?

—Claro, siempre tendréis un lugar en mi casa, donde sea, tú y toda tu familia...

No pudo seguir hablando, Brian superó la escasa distancia que los separaba, la agarró por la nuca y le plantó un beso intenso y exigente. Ella lo agarró por las muñecas pero era imposible apartarlo, la empujó dentro del cuarto y cerró la puerta con el pie antes de inmovilizarla contra la pared. Isabel sintió sus manos bajando por su espalda, apretándole el trasero, su lengua caliente y deliciosa dentro de la boca y creyó que moriría ahí mismo.

—No voy a deshonorarte *mo cuishle*[2] , no puedo, pero debes saber que te deseo, como jamás he deseado a nadie en toda mi vida...

—Brian —buscó sus ojos celestes, los tenía húmedos y extendió la mano para acariciarle la cara— yo te amo...

—Isabel, *mo cuishle*, *A gràdh*[3], *A stóirín*[4].

—¿Qué dices?

—No sé decirte palabras bonitas en tu idioma —le sonrió encima de la boca y ella respondió el gesto— deberías esperar a que tu rey te ayude y luego puedes ir a España con alguna seguridad.

—Si tú me lo pides, me quedo contigo y me olvido de todo aquello...

—No se trata de eso, solo quiero que esperes un poco.

—Si debo ir, tendré que hacerlo pronto, pero si quieres que me quede aquí, lo haré...

—Isabel —la miró a los ojos y ella sonrió limpiándose las lágrimas— no puedo pedirte que renuncies a tu vida, a tus derechos, a tu ducado.

—En realidad nada de eso me importa.

— Dentro de un tiempo te importará, lo sé, no voy a pedirte que hagas nada por mí, pero si vuelves a Irlanda, estaré esperando.

—Ni siquiera tienes que casarte conmigo, Brian Dumboyne — susurró con convicción— ya sé que no quieres volver a casarte. — *A gràdh.*

—¡María Isabel Hermoso de Mendoza! —Inés abrió la puerta de golpe y se encontró a su señora pegada al cuerpo de ese hombre, estaban apoyados contra la pared y Brian Dumboyne la agarraba por la cintura— por Dios bendito.

—No pasa nada, Inés —caminó hacia ella, hablándole en castellano.

—¿Qué no?!, a solas con un hombre ¿y en tu dormitorio?, bendito sea Dios, tienes razón, hay que salir cuanto antes de esta casa, lord Dumboyne, se lo ruego, salga de aquí.

—Inés —Brian sonrió con los brazos en jarras, aquella mujer lo iba a matar si osaba discutir con ella, así que se encaminó a la puerta— no ha pasado nada, no se preocupe.

—Por favor —le hizo un severo gesto con la mano.

—Buenas noches —Brian salió e Inés cerró la puerta, se volvió hacia Isabel y vio aquel brillo peligroso en sus enormes ojos oscuros — tu padre debe estar revolviéndose en la tumba, niña.

—No creo querida Inés, no lo creo. .

\* \* \*

Al día siguiente y tal como le había prometido a Kevin, partieron pronto hacia el río, una excursión organizada por las hermanas de Brian que pretendían aprovechar el estupendo tiempo estival. Isabel apareció sin el luto, vestida con el traje color crudo que le habían regalado en el barco, y el pelo sujeto en una única trenza suelta a la espalda, estaba preciosa y la sonrisa era de oreja a oreja, Marie la agarró del brazo al verla y no dijo nada, mientras Inés, que no le dirigía la palabra, caminaba pausadamente a su espalda.

—¿Ves esa casa de allá arriba? —le dijo Kevin cogiéndole la mano— la empezó a construir mi padre antes de que yo naciera.

—¿Ah sí? —Isabel miró hacia aquella pequeña colina verde y hermosa y divisó la casa de piedra— es muy bonita.

—Quería que viviéramos ahí con mi madre.

—Algún día la ocuparéis Kevin —intervino Marie— es grande e independiente, mi hermano quería un poco de autonomía para su familia, pero con Keira fue imposible y luego... ya sabes.

—¡Milady! —la voz era de Roan, uno de los trabajadores de la casa, venía corriendo con un sobre en la mano— es para usted.

—Madre de Dios —Inés de santiguó.

—Es de Londres, dice que debo viajar a Madrid para hablar con el rey, me aseguran inmunidad con respecto a Rivera —leyó por encima y luego explicó las noticias a Marie y a Frances, la otra hermana de Brian— debería irme en seguida.

—¿Y te fías de ellos?

—No tengo más alternativa.

—Bien, pero ahora vamos a divertirnos.

Con un peso inexplicable en el pecho los acompañó el resto del trayecto y cuando llegaron a la rivera del río, admiró con la boca abierta el paisaje idílico que tenía delante. Una hora después estaba tirándose al agua con el vestido puesto, muerta de la risa, desafiada por el pequeño Kevin que no creía que se atrevería a lanzarse al río vestida.

Los niños chapoteaban y nadaban con pericia, ella aún no se sentía segura, pero se divirtió como una cría bajo la severa mirada de Inés que no aprobaba para nada su comportamiento. Cuando los hombres empezaron a llegar, a la hora de la comida, Isabel observó con el corazón encogido a Brian Dumboyne en todo su esplendor, vestido con unas calzas marrones y la camisa en la mano, el hombre de sus sueños cegaba el sol con su maravillosa estampa, su pelo dorado brillando y sus ojos claros sonrientes.

—Se ha tirado al agua con el vestido puesto —le contó Kevin doblado de la risa.

—¿Ah sí? —Brian se sentó en el suelo, cerca de ella, y apoyó la espada en el tronco de un árbol, mirándola con el ceño fruncido— ya lo veo, sigues empapada.

—Una apuesta, yo siempre las pago.

—Lo sé —sonrió con picardía y ella se sonrojó hasta las orejas — ¿qué tenemos para comer?

—Muchas cosas buenas y esta carta —se incorporó y se la puso sobre las piernas, Brian la agarró y miró en el reverso el escudo de la embajada de España— dice que puedo ir a Madrid con garantías, me prometen inmunidad ante Rivera, al menos hasta que pueda hablar con el rey.

—Mmm.

—¿Qué opinas?

—Es tu vida, tú decides, ¡Kevin! —se levantó de un salto— no te tires al río de cabeza ¿me oyes?, te lo he dicho mil veces, ¿quieres acabar castigado?, ¡fuera de ahí!, Isabel —ella levantó los ojos para mirarlo— a mi no me preguntes, haz lo que tengas que hacer.

—Entiendo —miró a Inés y notó el disgusto en su cara, las hermanas Dumboyne se afanaron en extender comida sobre el mantel y bajaron la vista, de pronto volvió a sentirse confusa y bastante sola.

—Come algo, niña —le susurró Inés, viendo como Brian se acercaba a sus hombres para comer de sus viandas, dándoles la espalda— tu vida parece un carrusel.

—¿Cómo dices, Inés?

—Un día bien, otro mal, el siguiente peor...

—Eres muy impertinente.

—Y tú una ingenua.

Comió con un nudo en la garganta, sin levantar los ojos del plato. Debía irse, lo sabía, él no le pediría que se quedara, estaba claro, y tenía que partir y volver a su vida, sus problemas y su realidad. Con suerte podía embarcar rumbo a Londres en cuarenta y ocho horas y pasar el mal trago de las despedidas cuanto antes. Una vez en Inglaterra, hablaría con el embajador y pediría escolta para España, no en vano era una duquesa y jamás había ejercido sus derechos. De Cádiz y Madrid, y lo demás quedaba en manos de Dios.

Se levantó y se acercó al río, miró a su izquierda y se fue bordeándolo con cuidado, era un lugar maravilloso y con una temperatura deliciosa, se metió en el agua, lejos de las miradas ajenas, y caminó mientras hizo pie, luego se quedó parada y quieta, con los ojos cerrados, sintiendo el sol sobre la cara.

—¿No era que las damas jamás tomaban el sol? —Brian la miraba con una sonrisa, seguía sin camisa y se metió en el agua seguido por Kevin y sus sobrinos.

—Este sol es benigno, suave y reconforta.

—¿Te vas a ir?

—Parece que es necesario.

—¿Necesario para quién?

—Brian por favor, en serio, ya estoy bastante confusa, si quieres decirme algo, hazlo.

—No, vete —levantó las manos en son de paz— no es asunto mío.

—Es más asunto tuyo que mío, fíjate, maldita sea —empezó a caminar con furia hacia la orilla pero el peso de la falda mojada, ralentizaba su huida.

—¿Ya has aprendido a blasfemar en inglés?

—Que gracioso.

—Un momento —la sujetó por la cintura y la giró hacia él— no puedo pedirte que te quedes, no es justo, pero ya te he dicho que te estaré esperando.

—Seguramente me fuercen a casarme.

—Entonces quédate.

—Entonces pídemelo, quiero que me lo pidas, que demuestres un poco de interés y que no actúes como si nada estuviera sucediendo entre nosotros, ¡joder!



—¡Isabel! —no podía hablar de la risa, ella salió del agua chorreando y avanzó hacia el grupo arrastrando la falda— ven aquí, no he acabado.

—Yo sí.

—No, espera, cástate conmigo —el tiempo se suspendió durante unos segundos, todo el mundo dejó lo que estaba haciendo para mirarlos e Isabel se quedó quieta, no se volvió, miró a Inés y vio como ella se ponía de pie santiguándose— cástate conmigo, *mo cuishle*, y quédate aquí, este es tu hogar y el de los hijos que tengamos.

—¡Sí! —gritó Kevin corriendo hacia la joven —¿Qué dices *mo gràdh*?

—Sí —se giró con las lágrimas rodándole por las mejillas, lo miró sonriendo y él avanzó hacia ella pensando que era un ángel— sí, mi amor.

\* \* \*

La boda se celebró tan solo diez días más tarde, el 15 de agosto, cuatro meses después de haberse conocido porque según Brian no había porque esperar más tiempo. La pequeña ermita del pueblo albergó a todo aquel que quiso acompañar a la familia Dumboyne en tan feliz acontecimiento, y ver de cerca al apuesto novio junto a su preciosa prometida, que llegó al altar de brazo de su futuro suegro y luciendo un vestido de verano color melocotón y el pelo oscuro suelto, adornado con una corona de flores naturales.

Isabel parecía un ángel, dijo todo el mundo, a pesar de que ella se pasó la mayor parte de la ceremonia, celebrada en latín, enjugándose las lágrimas.

Cuando los nuevos señores de Dumboyne salieron de la iglesia, la gente rompió en gritos y vítores y Brian, muy orgulloso, lanzó monedas de plata y oro al aire, como signo de buena fortuna, agarró a su flamante esposa y le plantó un beso largo y apasionado que acabó por desatar la algarabía general.

—Kevin está tan loco por ella como tú —Brian miró a su madre con una sonrisa.

—¿Quién no está loco por ella?

—¿Estás bien, hijo?, tu hermana me ha dicho que estás preocupado —Brian la observó con el ceño fruncido, Margorie le acarició el brazo y se sentó a su lado en la cabecera de la gran mesa. El banquete nupcial había terminado dando paso a un animado baile con el *bohdran*, las flautas y un violín, sonado a buen ritmo. Isabel bailaba feliz, de la mano de Kevin, rodeada por los innumerables invitados— no debes temer nada, no le pasará lo mismo que a Keira.

—Madre.

—Lo sé, mírala —Brian en realidad no podía hacer otra cosa, salvo mirar a su preciosa mujer, pero obedeció a su madre y observó como ella se reía y seguía con las palmas la canción en gaélico que los demás cantaban a voz en cuello— tiene la cintura estrecha y las caderas redondeadas, pechos generosos y firmes, ha nacido para ser madre, la he visto esta mañana al vestirla para la boda, es toda una mujer y sé que dará a luz muchos hijos sanos, la verdad es que lo supe en cuanto bajó del barco, que sería la madre de mis nietos.

—Lady Dumboyne, siempre lo sabes todo —bromeó besándola en la cabeza.

—La primera vez te casaste obedeciendo a tus padres, y ahora, lo has hecho obedeciendo a tu corazón, hijo, Dios te bendecirá por ello, no tengas miedo, goza de tu mujer, disfrutad juntos y sed felices.

—Si a ella le pasara algo, yo...

—No le pasará nada...

—¿No bailas conmigo? —Isabel llegó hasta él y lo cogió de las manos, Brian le sonrió, negando con la cabeza— vamos...

—No, *mo gràdh*, lo que quiero es que nos vayamos a casa, ya basta de tanta gente, ahora te quiero solo para mí.

—Brian —se sonrojó mirando a su suegra y Margorie se puso de pie para abrazarla Salieron camino de su nuevo hogar, la casa de la colina que habían acondicionado lo mejor posible durante las últimas semanas, seguidos por todos los invitados que continuaron cantando hasta que cruzaron el umbral y Brian cerró la puerta de una patada. Isabel, con el corazón laténdole muy fuerte, se abrazó a él oyendo las bromas y los cánticos durante unos minutos hasta que se fueron desvaneciendo poco a poco, estaba oscuro y su flamante marido olía deliciosamente, lo apretó y hundió la cara en su pecho amplio y acogedor.

—Gracias a Dios que no puedes entender lo que dicen — bromeó apartándola para admirarla de arriba abajo, ella era preciosa, pero ese día resplandecía— te amo, lady Dumboyne.

—Y yo a ti.

—¿Te has despedido de Inés?, la vi llorando por los rincones.

—Sí, hablé con ella, la pobre llora por mis padres, ojalá estuvieran aquí y te conocieran... —tragó saliva con los ojos húmedos, Brian le limpió las lágrimas con el dedo y la llevó hacia el dormitorio.

—Hoy es un día feliz y todos nuestros seres queridos nos bendicen desde el cielo.

—Sí.

—Quiero verte desnuda, *mo gràdh*, no sueño con otra cosa, ven —Isabel se acercó y él le dio la vuelta para soltarle los botones de la espalda, tardó muchísimo y cuando al fin pudo dejar caer el vestido al suelo, se quedó mirando la prenda interior de hilo con el deseo inundándole todo el cuerpo. Se acercó y le besó la piel suavísima e inmaculada de la espalda, del cuello, ella temblaba bajo su contacto y la sujetó por la cintura para hundirse en su pelo— no tengas miedo.

—No tengo miedo —en realidad lo deseaba, lo quería con locura y quería sentirlo, ser su mujer, se volvió hacia él y le sonrió.

—Bien —estiró los dedos y los deslizó por los tirantes de la ropa interior, esta se pegó primero a sus pechos y luego cayó al suelo con el resto de la ropa, Brian tragó saliva descubriendo sus senos firmes y erectos, sus pezones virginales, cerró los ojos y se agachó para besarlos, Isabel sintió como una corriente de energía la atravesaba de arriba abajo y le acarició el pelo mientras él la apretaba y la recorría entera con la lengua.

Cuando la llevó a la cama y la depositó suavemente sobre las sábanas, Isabel ya estaba muy excitada, él lo sabía perfectamente, y decidió no esperar demasiado para consumir el matrimonio y pasar la tensión de esos primeros momentos, se quitó la ropa mirándola a los ojos y se acostó a su lado acariciándole el abdomen precioso y tenso, el vientre dulce y acogedor, le separó las piernas con los dedos y palpó su virginidad intacta. Ella se estremeció y supo, que ya estaba lista.

—*Mo cuishle*, te amo —se puso encima de ella y la sujetó por las caderas, le rozó la intimidad con su miembro a punto de estallar y la penetró con una embestida fuerte y precisa— schhh, mi vida, déjate llevar, cariño, *mhuirnín dílis*, *mhuirnín dílis*...

—Brian —susurró apretándose a su cuerpo. Lo sentía con claridad, la presión deliciosa, la humedad, un deseo desconocido subiéndole por el vientre, buscó su boca y lo besó con exigencia, Brian respondió cada vez con menos control y acabó haciéndole el amor como un loco\*.

—¿Te he hecho daño? —buscó sus ojos despejándole la cara con la mano abierta, no quería separarse de ella, se mantuvo dentro de su cuerpo mientras le besaba las lágrimas que le empapaban la cara— *mo gràdh*, ¿estás bien?

—Sí, estoy bien, estoy bien, solo emocionada, jamás pensé, yo... Brian, te quiero tanto, creo que el corazón me va a estallar.

—*Mo gràdh* —rió liberándola de su presión, se puso a su lado y se acurrucó sobre sus pechos— yo también te amo, y te deseo y ahora eres solo mía, solo para mí, al menos durante tres días.

\* \* \*

La tradición les regalaba tres días de absoluta intimidad. Brian le contó que con Keira no había podido ser porque la joven, prima suya, había preferido pasar ese tiempo con la familia que había llegado para la boda y que además, a él tampoco le importó. Eran jóvenes y casi como hermanos, otros tiempos, le dijo, corriendo para meterse en la cama de un salto, desnudo y feliz. Isabel lo miraba embobada sin poder dejar de sonreír, admirando su cuerpo rotundo, fuerte, saludable y hermoso, mientras él le metía trozos de manzana o de pastel en la boca.

No la dejaba levantarse y cuando lo hacían, era para andar envueltos con las sábanas por la casa, viendo regalos o escribiendo su carta de renuncia que él llevaría en persona a la embajada de España en Londres. Isabel había decidido liberar sus títulos y posesiones en favor de la corona, y hacer oficial su matrimonio con Brian Dumboyne delante de las autoridades de su país, de esa forma, esperaba que se olvidaran de ella para siempre.

—Tienes un cuerpo precioso, deja que lo vea —ella lo miró coqueta y se soltó el pelo largo y ondulado sobre la espalda, pero sin abandonar la sábana que la envolvía entera— soy tu marido, obedéceme, Isabel.

—Qué gracioso —replicó ella sentándose en la cama, tenía la lista de todos sus títulos y propiedades, anotados en un papel— jamás te obedeceré, lo siento.

—¿Estás segura que son estos?, es mucho —la abrazó y leyó por encima de su hombro.

—Sí, mi padre me hacía repetirlos de pequeña.

—Bien, hablaré con la reina para que interceda por mí, quiero zanjar esta cuestión cuanto antes.

—¿O sea que es verdad que eres amigo de la reina Isabel?

—Sí, claro —la besó en el cuello— y tú eres deliciosa.

—¿Y desde cuándo?

—Desde muy jóvenes, ahora la veo menos, pero es una buena cliente y amiga.

—¿Sólo amiga?

—Sí —se echó a reír— ¿estás celosa?, mmm, eso me gusta, ven...

—¡No!, háblame de ella, ¿te apostaste besos con la reina?

—Isabel, por Dios —se reía a carcajadas— eso solo lo he hecho contigo, Isabel Tudor es una buena amiga y está enamorada de un hombre que la hace feliz.

—¿Quién, ese Robert no se qué?

—Robert Dudley, conde de Leicester, toda la vida lo ha amado y además, ella es agradable pero no me gusta, ven —la acostó en la cama y le arrancó la sábana, le atrapó los pechos con la boca abierta y luego bajó la lengua hasta su vientre liso— me gustas mucho, *mo gràdh*, soy un hombre afortunado... —¿Ella podrá hacer algo?, ¿tú crees?

—Le pediré que su embajada en España presente esta renuncia también, debemos oficializarla por todos los medios, ¿de acuerdo?

—Sí, claro —le besó el hombro fuerte y musculoso, luego se revolvió y se le subió encima para besarlo y abrazarlo con todo el cuerpo, Brian Dumboyne creía que iba a morir con su contacto, Isabel era ardiente y desinhibida y se entregaba con pasión y naturalidad a pesar de su inexperiencia, le acarició el trasero respingón y la hizo girar en el aire para ponerse encima— quiero que mis hijos se parezcan a ti, Brian.

—¿Ah sí? —la penetró una vez más con un quejido profundo, ella suspiró y se agarró a su cintura con las piernas— pues yo quiero que se parezcan a ti.

—Un poco de cada uno, entonces... Dios bendito —arqueó la espalda gimiendo de placer y Brian le atrapó la boca para besarla con toda su alma.

\* \* \*

Un mes y medio después de la boda, Brian Dumboyne se vio obligado a dejar a su mujer para atender sus negocios en Inglaterra y Europa. Desde hacía doce años visitaba personalmente a sus clientes principales, en otoño y primavera, para entregar pedidos, saldar deudas y tomar nota de las nuevas solicitudes de género, un trabajo arduo, que realizaba con la precisión de un reloj.

En esta ocasión retrasó unos días la marcha para celebrar el 18 cumpleaños de Isabel, pero el cuatro de octubre levó anclas, no sin antes despedirse incansablemente de ella, dejándola a cargo de la nueva casa, de Kevin, y bajo el cuidado protector de sus padres y de Inés.

—Quiero que alojes en el castillo hasta mi regreso —le ordenó en el muelle y ella asintió con lágrimas en los ojos, aunque sonriendo— bien *mo gràdh*, estaré de vuelta lo antes posible, creo que moriré de añoranza por ti. Isabel, abrazada a Kevin, se quedó mucho rato mirando la enorme embarcación salir del puerto, pensando que no podría ni respirar, ni andar, ni comer, ni sobrevivir sin él, aunque pronto serían Inés y el niño, quienes la devolverían a la vida y sus innumerables obligaciones.

Por las mañanas dedicaban las horas a decorar y embellecer la casa de la colina, un trabajo que la tenía muy ilusionada. Recibía gente, sobre todo a las mujeres de la familia, con las que charlaba, bordaba o tomaba ponche, antes de bajar a la casa principal de los Dumboyne donde seguía con sus clases de gaélico, de cocina y cosía junto a su suegra y sus cuñadas. Una vida sencilla, pero plena, que le dio un aire aún más hermoso a su semblante, estaba feliz y aunque todas las noches lloraba de añoranza abrazada a la almohada de Brian, la sola idea de recibirlo pronto entre sus brazos,



la animaba para hacer planes y disfrutar de todo aquello que le había regalado la vida.

—Dios bendito, siéntate, hija —Margonie Dumboyne la agarró por la cintura y ordenó con un gesto que le acercaran una baqueta, el pequeño Kevin corrió para obedecer a su abuela e Isabel pudo sentarse tapándose la cara con las dos manos, tenía náuseas, estaba mareada y la casa le daba vueltas— ¿Cuántas faltas tienes?

—No sé —respondió sonrojada mientras Kevin la miraba con ojos asustados— a lo mejor algo me ha sentado mal.

—Llevas tres días vomitando por las mañanas —intervino Inés — está muy débil.

—Creo que ya sabemos de qué se trata, estamos a mediados de noviembre —entornó los ojos sacando cuentas— este bebé nacerá en mayo si Dios lo quiere.

—¿Cómo? —el corazón le dio un vuelco y miró a su suegra con los ojos llenos de lágrimas— ¿usted cree?

—¿Cuándo deberías tener el periodo?

—Los primeros cinco días de cada mes —respondió Inés, nerviosa— ni septiembre, ni octubre, ni ahora en noviembre... Dios bendito, mi niña.

—Kevin, llama a tu abuelo, dile que Dios te manda un hermanito y tú, Isabel, sube a la cama, tienes muy mal aspecto.

Una semana antes de la navidad Brian Dumboyne y sus hombres divisaron Dun Laoghaire en medio de una fuerte tormenta de viento y lluvia. Habían invertido dos meses en el viaje, los más largos de su vida. Se puso la capa y se asomó a la cubierta para ver el faro y el muelle, se moría por abrazar a Isabel, y hacerle el amor, y besarla y secuestrarla durante una semana. La añoraba tanto que había apresurado las visitas y apurado la marcha del navío a su

máxima resistencia, decidiendo mentalmente que los próximos viajes se la llevaría con él o acortaría los itinerarios, al fin y al cabo, tras tantos años de trabajo duro, había llegado el momento de delegar en los demás.

—¡A *Ghrá!*[5] —gritó cuando la vio empapada a pocos pasos de la pasarela, ella sonreía con Kevin de la mano y el saltó al pantalán para abrazarlos a los dos con alivio— *Tá grá agam duit*[6], *Tá grá agam duit*, ¿cómo estás?, ¿cómo estáis?

—Isabel espera un bebé para mayo —soltó el niño rompiendo la promesa de dejar que fuera ella la que le diera la noticia— eso dice la abuela.

—¿Qué? —el corazón se le puso en la garganta, detuvo el paso y la giró para mirarla a los ojos, estaba radiante, con los ojos muy brillantes y algo azorada— ¿estás segura?

—Sí, yo...

—Madre de Dios —se arrodilló para abrazarla y besarle el vientre aún liso, el miedo le subió claro y frío por los huesos, aquella era una noticia esperada, pero no por eso, fácil de asimilar, le aterraba pensar que pudiera pasarle algo— *Tá grá agam duit*, *A stóirín*[7], ¿estás bien?

—Sí, claro, lo normal, ¿no estás contento?

—Claro que sí, es maravilloso...

—¡Levántate del suelo y saluda a tu madre, Brian Dumboyne! —su madre, tapada con una capa, llegó hasta ellos y al verlo abrazado de esa forma a su mujer, se enterneció, le pegó en el hombro y él se puso de pie para abrazarla— enhorabuena hijo, Dios os bendecirá con muchos niños, debes estar feliz y orgulloso de tu mujer, lo ha pasado mal vomitando hasta la primera papilla, pero es fuerte y se recupera rápido.

\* \* \*

Las navidades llegaron con celebraciones y ritos religiosos muy alegres que a Isabel sorprendieron tanto como todo lo demás que ocurría por aquellas tierras. En Madrid, en su casa o el convento, las navidades se reducían a más rezos y recogimiento y a la misa del gallo como máxima explosión de dicha, sin embargo en Dun Laoghaire, todo era alegría, fiestas, cenas y regalos para los niños. Ayudó a decorar el castillo con trenzas de flores secas, velas de colores, muérdago y adornos navideños de todo tipo, aprendió a preparar un ponche navideño y un pastel de frutas y pasas que endulzaba las tardes junto a la chimenea. Hizo lo mismo en su casa de la colina y cuando llegó la Nochebuena, oyó con lágrimas en los ojos las canciones tradicionales entonadas por las hermanas de Brian y sus hijos, acompañadas por el Tin Whistle o flauta irlandesa, era demasiado hermoso para ser cierto y se pasaba las jornadas dando gracias al cielo por todo lo que tenía, sobre todo por Brian, que era el marido más guapo, atento y cariñoso que existía en el mundo.

—Niña tengo que hablar contigo —Inés la abordó en su casa, donde ella se entretenía pintando las paredes del cuarto del bebé con ángeles y nubes. No tenía tapices o cuadros, su marido le había hablado de los frescos que cubrían las paredes de algunas casas en Venecia o Florencia y como a ella le encantaba pintar, había ideado una forma de embellecer la habitación con colores suaves y luminosos, apartó la vista de la tarea y miró a su querida dueña con una sonrisa— quizás no deberías trabajar tanto.

—Lady Margorie dice que el ejercicio físico es bueno en mi estado, no te preocupes —cogió el pincel y volvió a los angelitos de la pared.

—Bueno y dice otras barbaridades, pero como estamos aquí viviendo, no diré nada... —se calló recordando lo que aquella mujer tan desenvuelta le había soltado a Isabel sobre lo de hacer ejercicio, y el amor, con su marido porque era beneficioso y saludable en su estado, se santiguó apartando aquello de la cabeza y se acercó más a la joven— tengo que decirte algo.

—Te escucho Inés, dime.

—Me han pedido en matrimonio.

—¡¿Qué?! —se levantó mirándola a los ojos, Inés estaba roja hasta las orejas y miraba el suelo— ¿en serio?, ¿quién?, por Dios, ¿estás contenta?, ¿le dirás que sí?

—No sé, bueno, a mi edad, me da vergüenza.

—Eres viuda, Inés, y puedes casarte a la edad que quieras, es maravilloso —la pobre Inés había estado casada solo seis meses con su marido, cuando tenía diecisiete años, él había muerto en Flandes, en la guerra y jamás había vuelto a tener un hombre a su lado— ¿quién es el afortunado?

—Paddy Doherty —susurró.

—¿Paddy?, ¿nuestro Paddy?

—¡¿Quién sino?! , enviudó hace dos años y ayer, en la comida de navidad, me lo pidió.

—Qué bonito, Inés, querida —la agarró y la abrazó con fuerza — que alegría.

—Yo no quiero dejarte sola ahora, con un bebé en camino y los que lleguen... me necesitas más que nunca.

—Ah no, de eso nada, yo tengo a Brian, a su familia y una niñera cuando nazca el bebé, estarás en el pueblo, en tu casa, seremos vecinas y nos veremos todos los días.

—Pero jamás pensé que no volvería a España, quiero morir en mi tierra, Isabel, quiero que me entierren en mi pueblo.

—Pero falta muchísimo para eso, por Dios, ¿qué sabes tú las vueltas que da la vida?

—Tú te has adaptado a esto, pero yo...

—¿Pero quieres a Paddy, te gusta?

—Es un buen hombre —era lo máximo que se atrevía a decir, aunque obviamente le parecía un tipo atractivo, y galante, y muy divertido.

—¿Entonces?, sé feliz Inés por favor, te lo mereces.

—Bien, si te parece bien, yo... .

Isabel la agarró nuevamente para abrazarla, estaba tan contenta por ella. Iniciaron inmediatamente los preparativos de la boda que Brian Dumboyne se tomó con mucho sentido del humor, y antes de que partieran nuevamente de viaje a Europa en el mes de marzo, Inés se convirtió en la flamante esposa de Patrick Doherty y en dueña de una agradable casita en el pueblo.

Por aquellos días Brian recibió la notificación oficial, de puño y letra de su amiga la reina Isabel I, de las gestiones para liberar a Isabel de sus obligaciones en España y la concesión de su nueva calidad como súbdito del reino de Inglaterra e Irlanda, por matrimonio. Isabel Tudor, a la que conocía desde la infancia se había reído a carcajadas cuando la visitó en Placentia para contarle lo de su matrimonio. La reina no se podía creer que alguien había dado caza al apuesto y conquistador irlandés y finalmente, tras oír la historia completa de la flamante señora Dumboyne, había mandado

un emisario a la embajada española y una carta personal al rey Felipe II de España, para interceder por la muchacha. Ella se ocuparía de todo, dijo, y Brian salió de Inglaterra con un enorme alivio en el pecho.

—Bueno, no quiero que estéis solos en la colina ¿de acuerdo?, te quedarás con mis padres, todo el tiempo hasta que yo regrese, Isabel, prométemelo —ella lo miraba divertida, llevaban un cuarto de hora despidiéndose junto al barco y él no conseguía marcharse— Isabel...

—He dicho que sí mil veces.

—Puedes subir un rato si quieres, pero si no es urgente quiero, necesito que estés cerca de mi madre o de mis hermanas, ¿sí? —estiró la mano para abrazarla, tenía siete meses de embarazo y estaba realmente preciosa, con el cutis aún más luminoso y los ojos brillantes, llevaba un vestido color vainilla de verano, con un escote que resaltaba de forma deliciosa sus formas, se agachó y le besó el vientre hinchado, luego le atrapó la boca suave con pasión y la besó hasta que se le acabó el aire en los pulmones— *Tá grá agam duit*[8] ¿lo sabes?, *Is tusa an grá mo chroí*[9].

—Lo sé, pero vete y así regresas antes, por favor, mi amor —rió sobre su boca y Brian bufó, enfadado. No tenía por qué irse, le había dicho su padre, pero la realidad es que debía hacerlo, aunque estaría de vuelta antes del parto— te quiero, pórtate bien y vuelve en seguida.

—Lo haré, adiós *A Ghrá*, cuídate ¿sí? —ella asintió— nunca imaginé que sería tan duro estar enamorado.

—Mi amor —estiró los brazos y volvió a abrazarlo, luego él subió de un salto al barco y se perdió en el mar sin dejar de mirarla a los ojos.

\* \* \*

Aunque su suegra le había insinuado que podía seguir a cargo de Kevin en el castillo, Isabel se había negado en redondo, por supuesto. Kevin era un hijo para ella, lo adoraba y además se llevaban estupendamente. Estudiaban juntos, paseaban, jugaban y disfrutaban de las mismas cosas, Kevin era un niño dulce y obediente, y estaba muy ilusionado con la llegada del bebé. .

Por las tardes solían dar largos paseos y se reían por cualquier tontería, incluso Brian sonreía cuando los veía de lejos, riéndose a carcajadas mientras paseaban a Odín o arreglaban el jardín. Él estaba muy orgulloso de esa relación, aunque a veces lo dejaban aparte o no contaran con él para sus planes, asunto que ocurría poco, afortunadamente.

Aquella mañana Kevin la había despertado temprano porque tenían que acabar de acondicionar la habitación del bebé al que ambos ya llamaban Brian, porque estaban seguros que sería un chico, y porque estaban de acuerdo en bautizarlo con el nombre de su padre. Isabel, más pesada con sus ocho meses de embarazo, necesitaba tiempo para subir la colina camino de la casa, así que dejó el castillo muy pronto y se animó a llevar una cesta con comida para almorzar en su casa y acabar de una vez con el trabajo. De camino saludó a Inés, que la regañó por la ocurrencia y se rió con Kevin por el cambio tan radical de la antigua dama de compañía que parecía tras su boda, una buena mujer irlandesa, con su ropa sencilla y su gesto más relajado. Isabel estaba encantada con este cambio, que era el suyo propio, y llegó a la casa lista para poner las alfombras y vestir la cunita del bebé.

La cuna era de madera tallada, hermosísima, y se la habían regalado los hombres de Brian. Por su parte, su suegra le había cedido unos juegos de sabanitas primorosos y maravillosos que habían pertenecido a la familia durante tres generaciones y que eran una verdadera joya, las extendió hacia la ventana para admirar el tejido de doscientos hilos y se dio cuenta de que no tenía agua.

—¡Kevin! —llamó y el niño apareció de un salto a su lado— cariño ¿puedes bajar a buscar agua?, estoy muerta de sed y se nos ha quedado, ¿hace calor no?

—Sí un poco, voy al pozo de aquí al lado.

—Bien pero ten cuidado.

El pequeño salió acompañado por Odín y ella se volvió para inclinarse sobre la cuna, estaba delgada y fuerte, pero con un vientre inmenso y le costó horrores alisar las sabanitas, pensó en Brian y se le llenó el corazón de amor, quedaba solo una semana para su regreso y luego podrían disfrutar de su bebé hasta el otoño. Acabó el trabajo, se estiró con placer y se puso la mano en la espalda antes de mirar por la ventana y quedar congelada en su sitio.

—Madre de Dios —hizo amago de correr pero la mano firme de un hombre la agarró por el hombro. Frente a ella, a través del tosco cristal, la mirada repulsiva de Ovidio Rivera la observaba con una sonrisa.

—¿Así que es cierto?, ¿llevas su bastardo en tu vientre? —entró en la casa rodeado por tres tipos mal encarados, Isabel no podía moverse, ni erguirse, porque su atacante le apretaba el hombro con brutalidad— muy bonito, ¿qué dirían tus ilustres antepasados?

—Fuera de mi casa.



—¿Sigues siendo una mocosa insolente, Isabel Hermoso de Mendoza?, ¿tendré que enseñarte modales?

—Mi marido está a punto de llegar...

—¿Tu marido?, ja —soltó burlón. En el puerto aquella mujer pelirroja y alta de nombre Pearl le había dicho, a cambio de un *esterlin* de oro, que la muchacha estaba sola en aquella colina y que Brian Dumboyne no se encontraba en Irlanda— está de viaje, tienes enemigos en este pueblo de mierda ¿lo sabes?, me lo han contado todo...

—¿Qué quiere?

—Llévate de vuelta a casa, el rey me ha dicho que renuncias a tus títulos y posesiones a favor de la corona, muy mal, Isabel, deberías haber pensado en mí, que cuidé de tu pobre madre hasta el final de sus días... así pues, iremos a casa, como corresponde, y rogarás del rey su amparo, pedirás disculpas, dirás que fuiste coaccionada y me entregarás lo que me pertenece.

—No haré nada de eso.

—Sí que lo harás o sino mataré a tu bastardo ¿qué te parece?, sabes que soy capaz de hacerlo.

—Isa... —la vocecita de Kevin le llegó por la espalda y el miedo le subió por todo el cuerpo, miró a Rivera y vio su sorpresa, se volvió como pudo hacia el niño y gritó con todas sus fuerzas.

—¡Corre, Kevin!, ¡Corre y busca ayuda! Kevin Dumboyne era listo y el más rápido de sus amigos, no tardó ni medio segundo en entender que algo gravísimo sucedía, pero no esperó para comprobarlo, giró sobre sus pasos y salió corriendo como si el mismísimo demonio lo persiguiera.

\* \* \*

La travesía había sido serena y veloz, en menos tiempo habían cumplido con el trabajo y de esta forma conseguir adelantar su regreso a casa una semana. Estaba feliz y deseoso de comprobar que su mujer estaba bien y esperándolo para dar a luz.

Atracaron en el puerto y se quedó mirando todos los rincones con los ojos celestes muy abiertos, ni Kevin, ni Isabel se habían acercado a recibirlo, solo vio a Inés caminando por el muelle sola, y se asustó.

—¿Dónde está?

—En su casa, milord, la he visto subir esta mañana con el niño.

—¿Y el bebé?

—Todo va bien —su madre lo abrazó mirando su apuesto rostro con el ceño fruncido— va todo bien, Brian, han subido para arreglar el cuarto del bebé, está feliz, fuerte y preciosa, no te comportes como una doncella asustada.

—Bien, voy a sorprenderla, le he traído frutas confitadas y almendras garrapiñadas de España.

—Sus favoritas —le dijo Inés con una sonrisa.

—Bueno, madre, luego os veo, voy a subir...

Saludó con alguna venia a sus vecinos, vio a Pearl MacKeefe, mirándolo desde la taberna con intensidad, y siguió su camino muy tranquilo hacia la colina. Si ella daba a luz dentro de los próximos

días ya estaba ahí para asistirle y acompañarla, y eso le permitía respirar en paz.

—Kevin ¿qué te pasa? —vio al niño bajar corriendo con lágrimas en los ojos, lo agarró de un brazo y el pequeño tardó unos segundos en reconocerlo— ¡Kevin ¿qué pasa?!

—Unos hombres, padre, unos extranjeros, la casa,, la tienen, ella...

—¿Qué?

—Unos hombres armados.

—¡Baja y pide ayuda, corre!

Tiró los regalos y se puso a correr, sacó la espada y al pisar el claro vio como su mujer, embarazada de ocho meses, era arrastrada por dos tipos armados hacia el pueblo. Iban por un camino lateral y ella se revolvía y blasfemaba, indignada. Poco pasos por detrás, la figura inconfundible de Rivera, la seguía mirando el suelo.

—¡Suéltala malnacido! —grito avanzando con furia, Isabel paró el paso y lo miró con los ojos negros aterrados— maldito hijo de perra, suelta a mi esposa.

—Brian Dumboyne en persona —susurró el clérigo— el responsable de esta afrenta contra una noble de España, te acusaré de secuestro y violación, irlandés, y pagarás por ello.

—¡Suéltala! —volvió a gritar caminando hacia el grupo con tal furia en los ojos, que los esbirros se miraron entre ellos con curiosidad, el tipo era altísimo, fuerte y estaba defendiendo lo suyo, lo cual era muy peligroso— ¡suelta a mi mujer, hijo de puta!— dio el primer estoque en el cuello de uno de los captores, que se alejó de Isabel blasfemando, ella intentó zafarse pero cayó al suelo de rodillas.

Miró a los cuatro restantes entornando los ojos, los tipos desenvainaron las espadas y se lanzaron contra él corriendo. Isabel pudo ver desde el suelo la desigual pelea sin poder hacer nada, apenas podía ponerse de pie agarrándose a las piedras de la casa, un líquido espeso y caliente empezó a empaparle las piernas y soltó un sollozo ahogado con la primera contracción.

—¡Putá! —chilló Rivera, cogiéndola del pelo, ella se apartó para patearlo en las canillas, pero las fuerzas le flaqueaban— te voy a llevar a España aunque sea muerta, Isabel, aunque sea muerta me vales.

—¡No! —la voz de Kevin le llegó por el lado. El niño había llegado corriendo con dos de sus tíos y tres hombres de la tripulación, la pelea dejó de ser desigual y Brian Dumboyne mató al que tuvo más cerca rápida y limpiamente, se volvió hacia su esposa y caminó ciego de ira hacia Rivera.

—Mírame a los ojos, bastardo —le susurró viendo por el rabillo del ojo como Isabel se doblaba de dolor.

—Isabel —Kevin se arrodilló a su lado y ella lo miró con una media sonrisa para tranquilizarlo.

—Lo mataré —Rivera, muy rápido y desesperado, agarró a Kevin y lo levantó de un salto, lo pegó a su cuerpo, amenazándolo con una navaja— saldré de aquí y te entregaré al crío, pero déjame ir.

—No, déjalo, déjalo —suplicó Isabel en español desde el suelo, se levantó con enorme esfuerzo y se apoyó en la pared jadeando— me quieres a mí, déjalo... me iré contigo.

—¡No! —Brian avanzó un paso y Rivera hundió la navaja en el cuello indefenso del pequeño hiriéndolo de forma superficial.

—Bien, vamos ramera, sácame de aquí —tiró el niño al suelo y la agarró del cuello, Brian Dumboyne bufó de furia completamente

impotente, ella lo miró suplicante para que no hiciera nada.

—Eres un malnacido, espero que ardas en el infierno, Ovidio Rivera —susurró masticando las palabras, agarró el pincel que reposaba tranquilamente en el alféizar de la ventana, lo sujetó con fuerza y en un último acto heroico antes de desmayarse, se lo clavó con todas sus fuerzas en el costado, el tipo la miró con los ojos muy abiertos tocándose la herida y tardó muy pocos minutos en caer al suelo herido de muerte. Isabel Dumboyne subió los ojos hacia su marido, intentó sonreír sin éxito y perdió el sentido inmediatamente, con un agudo pitido atravesándole los oídos.

\* \* \*

El pequeño Brian Dumboyne vino al mundo a las nueve de la noche el 18 de abril. Solo once horas después de que su madre se pusiera de parto. Para ser primeriza, Isabel se comportó como una valiente, confirmó a todo el mundo Margorie Dumboyne, teniendo en cuenta además las dramáticas circunstancias que habían precipitado el alumbramiento. La joven había sido asistida en su casa de la colina por la comadrona, sus seis cuñadas, su suegra e Inés y finalmente, había dado a luz a un bebé hermoso, fuerte y sonrosado como un querubín, una bendición de Dios que dejó a su aterrado padre tembloroso y emocionado durante varias horas.

Pasado el miedo inicial Brian regañó incansablemente, tanto a su mujer como a su hijo, por haber desavenido sus órdenes estrictas de permanecer en el castillo durante su ausencia, tras lo cual se fue a la iglesia donde permaneció de rodillas varias horas dando gracias a Dios por su oportuno regreso.

Su vuelta había sido milagrosa, pero mayor milagro era ver la preciosa cara de su mujer mientras amamantaba al bebé y o se recuperaba del parto a pasos agigantados. Ella era fuerte y saludable, y a los dos días ya andaba por la casa trajinando con la misma energía de siempre.

—¿Tiene los ojitos claros? —lo miró mientras cambiaba al bebé, Brian se acercó a la cama y la abrazó por la cintura— es como tú.

—Es precioso como tú.

—Es igual, está sano y eso es lo único que importa, ¿verdad Brian? —le tocó la boquita con el dedo y el pequeñín sonrió— eres un sol, hijito.

—Eres feliz *A Ghrá*, iluminas el mundo con tu sonrisa, estás preciosa.

—Soy tan feliz que debería estar prohibido —dijo volviéndose hacia él para abrazarlo.

—Pues yo procuraré que seas feliz el resto de tu vida.

—¿Ah sí? —preguntó coqueta, mirando sus impresionantes ojos celestes— ¿te apuestas algo?

—¡Madre de Dios! —exclamó muerto de la risa— *Tá grá agam duit, A stóirín, Is tusa an grá mo chroí.*[10]

---

[1] *En Gaélico. Bésame*

[2] *Mi sangre, mi corazón*

[3] *Mi amor*

[4] *Mi cariño*

[5] *Mi amor*

[6] *Te quiero*

[7] *Mi cariño*

[8] *Te quiero*

[9] *Eres el amor de mi corazón*

[10] *Eres el amor de mi corazón.*